

*Octubre 24/
1875*

Tesoro de Autores Ilustres

LA PLURALIDAD
DE LAS
EXISTENCIAS DEL ALMA

POR
ANDRÉS PEZZANI

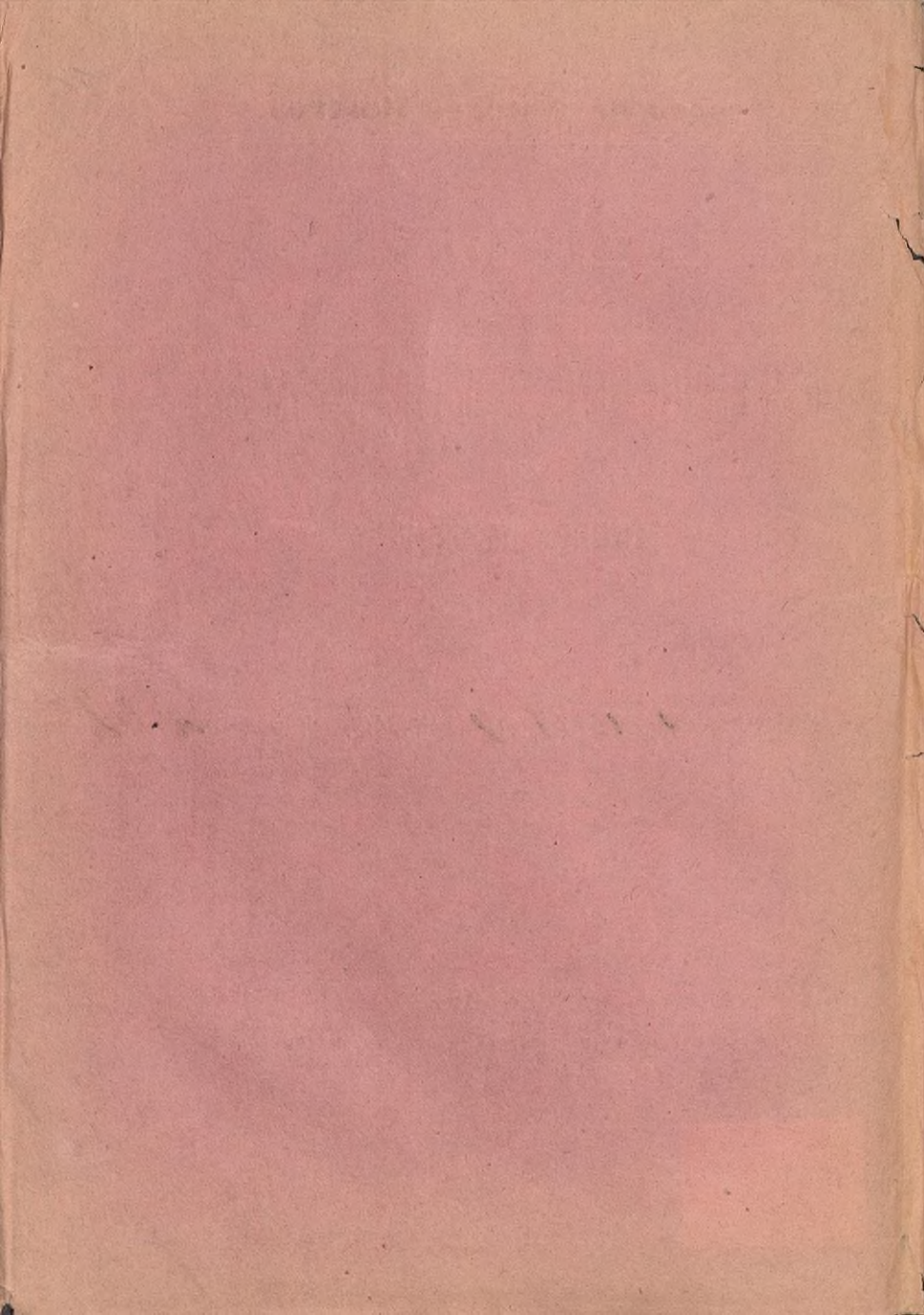
Entregas ~~41~~, ~~42~~, ~~43~~, ~~44~~, 45, 46, 47 y 48 a 52

BARCELONA

LIBRERIA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR-IMPRESOR,
CALLE DE ESCUDILLERS, NÚMERO 57.

1875

L47
2798



dad que acabo de señalar un indicio bastante importante en favor del sistema que explica y completa dichas correlaciones.

» La Providencia nos ha permitido escudriñar sus obras para descubrir los misterios que se ocultan á primera vista; á todos nos ha impuesto la mision, el deber de perfeccionar incesantemente, al contemplarlas y admirarlas, los pensamientos cuyos gérmenes existen en nuestras almas. Los títulos de esa mision son las aptitudes y facultades que recibimos de su munificencia. Copérnico, Galileo, Newton, Herschell descubrieron muchas potencias y armonías de la naturaleza; ¿por qué no hemos de seguir nosotros, en cuanto cabe á las fuerzas de cada uno, las huellas de aquellos grandes hombres?

Les cieux pour les mortels sont un livre entr'ouvert,
Ligne á ligne, à leurs yeux, par la nature offert ¹.

» Si para calificar esta teoría os parece demasiado la palabra progreso, llamémosla teoría de la continuacion; continuacion de los trabajos del espíritu humano; continuacion de la vida humana en las demás regiones del universo. Si quereis representaros efectivamente la idea que deduzo de dicha continuacion gradual y de las conexiones que la armonizan con las leyes providenciales, leed la página décima quinta de las *Abstracciones poéticas* de Lamartine. Los deseos que el gran escritor pone en el pensamiento de la pobre y sufrida jóven, son sueños respecto á la tierra, pero con arreglo á esta teoría, se realizarán, continuando la vida en otra region, con mucha más esplendidez de la que describió el poeta. ¡Qué consuelo tan dulce y eficaz! ¡Consuelo preciso, comprensible y realmente deseado que se ofrece á los corazones que padecen! »

La misma doctrina fortificante y consoladora hallamos en una notable obra publicada en 1845 y de la que extractamos los siguientes párrafos, que á

1. Los cielos son un libro abierto que línea á línea presenta la naturaleza á los mortales.

pesar de no presentarse sistemáticamente, no por eso es ménos clara y distinta :

« Lo que no nos está prohibido suponer, y lo que conciliaría mejor nuestras esperanzas con las nociones accesibles á un porvenir, que sin ellas sería incomprensible, es el paso sucesivo y remunerador á otros estados superiores en los que, atenuado el límite material, abriría al espíritu un campo mas vasto hácia el infinito que le atrae ¹. »

En otra parte leemos lo que sigue :

« Tal vez esté reservado al hombre el acceso á otros mundos más puros como término ó premio ofrecido á su inclinacion hácia lo bello y lo bueno y como recompensa de su penosa y perseverante lucha contra los groseros límites que oscurecen su alma ². »—La materia ó la forma será mas ligera en proporcion á nuestros progresos, en nuestros combates contra el organismo, á medida que nos instruyamos y moralicemos. Si la recompensa ó estado futuro cuyos esplendores adivinamos está en relacion con nuestras tendencias hácia todo lo grande y sublime, nuestra conducta en la tierra tendrá señalada de antemano su recompensa con arreglo á la naturaleza y número de sus esfuerzos..... Cuanto más hayamos luchado en nuestras primeras pruebas, más eminente será el puesto que nos esté reservado, y más grados habremos ascendido en la inmensa escala que debemos recorrer ³. »

Aunque las esperanzas de Mr. de Brotonne no formen un sistema como el de nuestra filosofía, el pensamiento es el mismo y la creencia y la inspiracion son idénticas, lo que no es de extrañar, pues cuando llega una idea á su madurez, germina á la vez en muchos hombres por voluntad providencial, consti-

1. *Civilizacion primitiva*, por M. de Brotonne, p. 60.

2. *Ibid.*, p. 89.

3. *Ibid.*, p. 126.

tuyendo así su autoridad y su derecho acatado por las masas. Si no estuviera el género humano preparado para recibir una verdad nueva le ofuscaría y la desecharía por haber nacido antes de tiempo. Los sistemas de Pitágoras y de Orígenes, á pesar de sus errores y la falta de concepcion de la ley de la prueba y de la iniciación; las creencias de la teología india, las de la iglesia católica han sido el crepúsculo y la aurora del día que debía lucir, la semilla del árbol que debía crecer y cubrir con su sombra la humanidad, los primeros arcos del inmenso puente que debía reunir los mundos, el primer paso del pensamiento que debería hacer del universo un todo homogéneo, una sola patria en el seno de Dios. Parece que esto es lo que entrevió Herder, uno de los más célebres filósofos de Alemania, al escribirlo siguiente: « Confío lo bastante en la bondad divina para creer que el castigo impuesto á la criatura culpable es como el de un padre amoroso, es decir, » un medio que le encamina al bien, pero por senda » más árida que la que Dios le hubiera hecho seguir » si no hubiera delinquido.¹ »

M. de Brotonne deja discretamente á un lado las soluciones incompletas ó las cuestiones imposibles: « Es inútil que busquemos el origen del mal, y no hay » fundamento alguno para que podamos acusar al » Autor de todas las cosas ni tratar de descubrirle en » su esencia. Nuestro mundo limitado es una obra finita, ó en otros términos, imperfecta, y no puede

1. *Historia de la poesía hebrea*, trad. de Mme. Carlowitz, p. 129.

»dejar de ser así á menos que desaparezca. La perfeccion ó el progreso en las vías del infinito deben conquistarse palmo á palmo, y solo cuando hayamos llegado al fin á que estamos destinados podremos pronunciar nuestro fallo, aunque entonces ya no existirá el objeto del exámen ¹.»

Cuando Falkir, en mi poema filosófico, hace remontar á Dios el origen del mal, la voz del cielo le responde: «Yo he creado el universo; tú has visto la tierra solamente; tú no has vivido sino un tiempo y yo tengo toda la eternidad.»

Al encontrarse con estos problemas el poeta inglés Young en el siglo pasado, expresa sublimes pensamientos acerca de la vida de los mundos:

«En todos los séres se halla la presencia de Dios, pero si se observa atentamente su huella en las cosas más pequeñas, al observar las grandes el alma se transporta y entusiasma por impulso divino; en un instante se vé iluminada, arrebatada y satisfecha; enciéndese en curiosidad y quiere conocerlo todo; los séres se multiplican, y disuelve en el universo un sin número de habitantes nuevos y naciones de espíritus de distintas naturalezas ².»

«Dios no reina solitario en los cielos. Desde aquí descubro la infinita corte que le rodea. Veo una multitud de espíritus colocados por orden en derredor de su trono; sus funciones son tan várias como sus clases; la púrpura y el azul, las perlas y el oro brillan en sus diversos ropajes, matizando los colores inmortales de sus propias galas ³.»

«Si yo no me engañara al multiplicar los mundos, mi arror es sublime, pues se funda sobre una verdad cuya base es la idea de la grandeza divina ⁴.»

«Si; cada astro es un templo en donde recibe Dios los

1. *Civilizacion primitiva*, por M. de Brotonne, p. 104.

2. Young, t. I, p. 163, edic. de Lóndres.

3. *Ibid.*, p. 187.

4. *Ibid.*, p. 202.

homenajes debidos á su omnipotencia. He visto humear el incienso en sus altares, elevándose hasta su trono; he oído resonar en las esferas conciertos celestiales en alabanza suya. No hay nada profano en el universo; la naturaleza entera es un lugar sagrado¹.»

El alma ha sido hecha para viajar por los cielos; allí sale de su prision, y desembarazada de los lazos terrestres, puede respirar libremente, engrandecerse, dar libre curso á todas sus facultades y recobrar sus verdaderas dimensiones sin temor de alucinarse por falsas ilusiones. Entonces conocerá que tiene su verdadero centro en medio de los astros; allí se siente más fuerte y vivaz, llevando consigo á los puntos de destierro sentimientos dignos de su ilustre pátria².»

La opinion de M. Pelletan es que el hombre irá de un sol á otro subiendo siempre, como en la escala de Jacob, los grados gerárquicos de la existencia, y pasando, segun sus méritos, de hombre á ángel y de este á arcángel. Así pues, M. Pelletan promete á todos los hombres en la vida futura el progreso necesario y continuo con mayor ó menor rapidez, segun los méritos de cada uno.

M. Jouffroy, filósofo cuya opinion sobre esta materia merece tenerse en cuenta, titubea entre estas dos hipótesis: ó bien el hombre, al salir de la vida terrestre, hallará en la subsiguiente la apacible satisfaccion de todas las necesidades de su naturaleza moral; ó bien llegará á esa dicha poco á poco, pero infaliblemente, pasando por varias vidas sucesivas. Hé aquí cómo se expresa acerca de nuestro porvenir inmortal:

«¿Será la otra vida una ó múltiple? ¿Será una su-

1. Young, *Ibid.*, p. 207.

2. *Ibid.*, p. 220.

cesion de vidas en las que irán disminuyendo los obstáculos, ó entraremos al salir de esta en una vida sin ninguna clase de obstáculos? De estas dos hipótesis puede escogerse la que se quiera, pero llegada que sea el alma á cierto punto no puede declinar.

» A cada progreso adquiere el alma ideas más claras y precisas de Dios; y se aproxima á la celeste atraccion que la arrastra seguramente al bien sin necesitarla no obstante. Cuanto más conoce el alma á Dios tanto más le ama; se eleva hácia él por voluntaria eleccion, por movimiento espontáneo sin que pueda caducar. Mas en esa ascension progresiva no puede el alma jamás alcanzar lo absoluto; sus momentos crecen de ménos á más y para ella no cesa el tiempo; hay suficiente espacio entre el finito y lo infinito para que nunca puedan llenarle siglos de siglos.»

Podríamos citar otras muchas autoridades, pues son innumerables; pero solamente diremos para terminar, que no hay semejanza alguna entre la persistencia en el bien, que es el fin de la criatura moral y libre, y la persistencia en el mal, que es el lado opuesto de dicho fin. Aunque se admita que el culpable pueda sufrir otras pruebas para su correccion y enmienda, y que por medio de su libertad meritoria pueda ascender en la escala de los séres con el arrepentimiento y expiacion debidos, no es una razon para asegurar que llegado el sér virtuoso á una vida dichosa tenga que sujetarse á otras pruebas, que pueda retrogradar, que no sea estable su recompensa, en una palabra, que esté expuesto á caer en el mal de que se libró á costa de constantes y penosos esfuerzos.

Con justa razon podemos devolver á M. Th. Enrique Martin la acusacion de inconsecuencia que dirige á sus adversarios ¹. Constitúyese en defensor

1. *La Vida futura, segun la fé y la razon.*—No debe confundirse con el ilustre autor de la *Historia de Francia* que, por el contrario, es uno de los discípulos de Juan Reynaud, como despues veremos.

de un sistema muy mezquino, puesto que limita la prueba á un punto del tiempo, á un rincon del universo, lo cual tiene graves inconvenientes. Supongamos, en efecto, un hombre que muere en el acto de cometer una mala accion; si no se le concede ninguna otra prueba cae irrevocablemente bajo el peso de la justicia divina, y habiendo muerto en el mal, queda en él eternamente. Esto es lo que sostiene M. Enrique Martin, pero entonces hay para ciertas criaturas un mal indeleble y absoluto, un castigo interminable sin más objeto que la justicia implacable y la venganza. Con este motivo citaremos á M. Franck, del Instituto de Francia y filósofo moderno, que escribió las siguientes é interesantes líneas, guiado sin duda por su acostumbrada circunspeccion:

« Devolver la salud al alma, purificarla de sus manchas, sacarla del abismo á donde la arrojaron sus faltas, dotarla de nueva fuerza para que con paso firme pueda marchar por la via recta y para que consiga la dichosa perfeccion moral que debió haber seguido, es el solo objeto que se puede ver en el castigo cuando el sér que le sufre tiene el poder é inteligencia infinita para obrar sobre el alma. La justicia de Dios está necesariamente en proporcion con su sabiduría y misericordia, es decir, con la razon y el amor considerados en su eterna esencia; dejemos, pues, de imaginarnos la otra vida como una série interminable de suplicios arbitrarios cuyo objeto pareceria ser en ese caso más bien la venganza que la expiacion.»

En las siguientes líneas demuestra Chateaubriand su opinion enteramente opuesta á la noción de la falsa bienaventuranza y contra el paraíso del *far niente* eterno:

« Nuestras potencias celestes, dice, no están exentas de

pasiones que tienen la ventaja sobre las pasiones de los dioses paganos de no traer nunca consigo ideas nocivas y perturbadoras. Es en efecto una cosa providencial que, al pintar la cólera ó tristeza del cielo cristiano, no se pueda destruir en la imaginacion del lector la idea de la tranquilidad y la alegría: tal es la justicia y santidad del Dios que nuestra religion nos dá á conocer ¹.»

«Aseméjarse nuestras divinidades á las de la antigua Grecia hasta en la diferencia de sexos, puesto que tenemos santos y vírgenes, y segun la Escritura, los ángeles toman á menudo forma humana ².»

«El cielo concluia en la cima del Olimpo, segun la creencia griega, y sus dioses no se elevaban á mayor altura que los vapores de la tierra. El verdadero cristiano, de acuerdo con la razon, la ciencia y la expansion del alma, se introduce de mundo en mundo, de universo en universo, en espacios ante los que la imaginacion asombrada tiembla y retrocede. En vano escudriñan los telescopios todos los rincones del cielo; en vano persiguen á los cometas hasta más allá de nuestro sistema, pues se escapan al fin á sus miradas, pero no á las del arcángel que los lleva rodando á su polo desconocido, y que en el siglo correspondiente los vuelve á traer al círculo solar.

»Solo el poeta cristiano está iniciado en el secreto de esas maravillas. De unos globos á otros, de unos á otros soles, con los Serafines, Tronos y Ardores que gobiernan los mundos, la imaginacion fatigada desciende á la tierra como un caudaloso rio que en magníficas cascadas derrama sus doradas olas á la luz de los vivos rayos del sol en el ocaso ³.»

«Nadie hasta ahora ha trazado el cuadro exacto del infierno de los cristianos. Ni el Dante, ni el Tasso, ni Milton describieron esos lugares de dolores como deben ser. Sin embargo, algunas palabras escapadas á aquellos grandes hombres prueban que si hubieran retocado con el mismo cuidado todas las imágenes de sus cuadros, nuestro infierno seria tan poético como los de Homero ó Virgilio ⁴.»

1. *Génio del cristianismo*, t. II, p. 174.

2. *Ibid.*, p. 176.

3. *Ibid.*, p. t. II, p. 192.

4. *Ibid.*, p. 215.

» Es innegable que el purgatorio ofrece á los poetas cristianos un género de lo maravilloso que la antigüedad no conocía. Ese lugar de purificacion , situado en los confines del dolor y la alegría, en donde se reunen los confusos sentimientos de la dicha y el infortunio, se presta favorablemente al génio poético. Las diversas gradaciones de padecimientos con relacion á las pasadas culpas, esas almas más ó ménos venturosas, más ó ménos brillantes segun se aproximan á la doble eternidad de los goces y las penas, suministran al pincel asuntos á cual más interesantes. La poesia á que el purgatorio se presta supera con mucho á la que infunden el cielo y el infierno, porque presenta un porvenir que les falta á estos ¹. »

« El rasgo que esencialmente distingue el Paraíso del Eliseo es que en el primero habitan las almas el cielo en compañía de Dios y los Santos, mientras que en el segundo las sombras dichosas están fuera del Olimpo. En diversas partes de esta obra hemos demostrado la diferencia que existe entre la felicidad de los escogidos y la de los manes del Eliseo; tienen á más de esto las ventajas de conocer la naturaleza de las cosas, ver la revolucion de los globos y estar en fin como asociados, si no á la omnipotencia, por lo ménos á la omnisciencia de Dios. Es muy extraño que á pesar de todo esto los cristianos hayan hecho tan pobres pinturas del cielo; siendo la causa de ello en algunos su temor.....

» Por un pensamiento innato en el hombre no puede simpatizar sino con lo que se relaciona con él y le preocupa, como por ejemplo, con el infortunio. El cielo, en donde reina una felicidad ilimitada, está demasiado léjos de la condicion humana para que la dicha de los elegidos conmueva el alma; interesan muy poco los seres que son completamente felices.

» Para evitar la monotonía que resulta de la felicidad eterna y siempre igual de que gozan los justos, podríamos imaginar cierta esperanza en el cielo ó aspiracion hácia otro estado más superior de dicha ó una época desconocida en la revolucion de los seres. Podríanse recordar mucho más las cosas humanas, ya estableciendo puntos de compa-

1. Génio del cristianismo, p. 225.

ración ó ya atribuyendo afectos y aun pasiones á los elegidos. La Escritura nos habla de esperanzas y santas tristezas en el cielo ¹. »

El autor de los *Horizontes celestes* expresa y desenvuelve también el mismo pensamiento :

« Comprendese muy bien el temor que inspira el juicio final, dice Madame de Gasparin, pero lo que no se comprende de ningún modo es que se tenga miedo del paraíso, aun cuando si se le considera atentamente, la observación justifica ese terror.

» Hay dos paraísos : el de Dios y el de los hombres.

» El primero, perfecto en belleza, debería atraernos irresistiblemente, pero apenas se le conoce, Hay muy pocos que se tomen el trabajo de buscar sus reflejos en las páginas de la Biblia. El otro, el que los hombres han construido lo mejor que han podido, causa más bien asombro que regocijo; y de este es del que tienen miedo las buenas almas.

» Nada se encuentra en él descrito con precisión, y esa cosa vaga, confusa é indeterminada me llena de espanto.

» Mirad el cielo del Dante.....

» Hay en él luz, sí, una intensidad esplendente de luz... el aire que se respira produce éxtasis infinitos... pero círculos y siempre círculos!... esferas sin fin que ocupan los cielos, impulsadas por la mano del que arrojó los mundos al éter.

» No imagineis otra clase de felicidad que la de cantar tres palabras que se transmiten de un siglo á otro eternamente, y resplandecer, revolotear y perderse en la embriaguez de la claridad y del torbellino; esa es vuestra felicidad.

» En las esferas superiores se hallan las almas inmóviles, alineadas, iba á decir plantadas, en las gradas del anfiteatro, sumergidas en un océano de luz; Dios en el centro; tres círculos de iguales dimensiones ó sea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

1. *Genio del cristianismo*, p. 226.

» ¿Qué efecto os causa esta pintura? A mí me sobrecoge de espanto.

» Perderse en el océano de la vida ó anonadarse me es igual. Absorberse en la unidad ó desaparecer en la nada es todo uno.

» Permanecer impasible, fundiéndose mis facultades en una sola, la adoracion, idéntica en todos, es tan opuesto á lo que conozco, tan contrario á lo que Dios puso en mí, que mi sér se conturba y entristece al pensar en semejante cielo. »

Despues de dirigir amargos reproches á los hombres que imaginaron tal paraíso, aparece el sábio, el poeta y el creyente exclamando :

« ¡Bendito seais, oh Dios mio, que comprendísteis el espíritu de distinta manera! Yo conozco las estremidades de su paraíso, de donde sale tan esplendente claridad que mi corazon se abrasa. Veo su paraíso en el que mi alma está purificada, santificada, con mis afectos y mis recuerdos. ¡Ah! ¡Qué sencillo y magnífico es á la vez su paraíso, que es mayor cuanto más cerca se halla de mí! ¡La vida en lo definitivo, la individualidad en la armonía! Esa no es para mí una tierra extraña; es mi patria, es la casa de mi Padre; no es el templo de una divinidad indiferente. Por allí no veo errar fantasmas uniformes; allí encuentro mis hermanos, los seres que me son más queridos. ¡Esa es la dicha que necesitaba! Quiero emigrar á esa region; su vista desde léjos me infunde valor; allí descansaré como se descansa en el hogar paterno; me causa terror ir al cielo que me pintais y me llena de tristeza que á él vayan mis deudos y amigos, pues ni ellos ni yo serémos dichosos; mi afliccion es inconsolable. — La supersticion que reina en las almas crédulas y en los espíritus timoratos formó tambien su paraíso particular al que transporta las pasiones mundanas. El cielo legendario tiene su parte cómica y espantosas profundidades; allí hay alegrías mezquinas... imágenes tristes y dolorosas; no es ese el cielo de mi Dios... — ¿Qué son las penas y amarguras de la separacion que tienen por premio la mentida ventura de semejante paraíso?

Más vale llorar siempre que ser consolado de ese modo, puesto que si está perdido para mí el sér que amo, aunque desaparezca en la serenidad de los cielos le lloraré eternamente. Si quereis infundirme valor, decidme que vive, que existe y que le volveré á ver, que le amaré con afecto sometido enteramente á Dios, compartiendo su fuego divino (ningun otro me satisfaría); decidme que no perece mi individualidad ni mi memoria; decidme que la muerte es la vida, que no es la catalépsia ni el anonadamiento, y entonces mi frente se dirigirá hácia el cielo, cobraré nuevos bríos y proseguiré mi peregrinacion. Pero si me decís que debo aniquilarme y reducirme á un cero luminoso, quedaré sumido en el más profundo abatimiento y prostracion. »

« Levántate, ¡ querido hermano mio! démonos la mano y marchemos hácia el cielo. — Si me quitais la eternidad del afecto, aunque tenga hijos, esposa y un padre cariñoso, y me probais que todo esto es por tiempo determinado, y que así como el féretro encierra nuestro cuerpo, nuestro amor desaparecerá, con la diferencia de que la tierra puede devolverme el cuerpo, pero no los sentimientos tiernos, declaro francamente que mi amor seria egoísta, material y nada más. — Sí; allá en lo alto hay familias unidas por indisolubles lazos, que se aman con afecto tan profundo como jamás el mundo conoció. »

A continuacion de estas páginas citaremos la notable obra de M. Callet, titulada *El Infierno*.

« Digase lo que se quiera, no es la eternidad lo que espanta al hombre, puesto que le es absolutamente imposible formarse una idea clara acerca de ella. Si se hacen retroceder ante su vista los límites del tiempo para que se pierdan en ellos su imaginacion y su razon, caerá en la misma angustiosa incertidumbre que si viera la verdadera eternidad. El terror que es capaz de sentir no superaria al estrecho límite de sus facultades intelectuales y su sensibilidad. ¿ Para qué ir más léjos? ¿ No es bastante anunciar á los malvados que sufrirán castigos en proporcion á sus faltas y cuya duracion es incalculable ó por lo ménos se

ignora en nuestro mundo? Todo lo demás que contiene la eternidad es incomprensible. Pasando de estos límites, la amenaza es impotente, el alma está harta de justicia ó de terror y de sufrimiento; se humilla, cae, se anonada y adora y pide gracia; es incapaz de comprender otra cosa que no sea la piedad; para todo lo demás es sorda, insensible. El perdón será para nosotros el fin de la justicia; y si en las alturas á que alcanza nuestra imaginacion, y á cuyo pié se arrastra el pecado quejumbroso, nos mostrais aun existente el odio, está dicho todo; el espanto llega á su colmo, se turba la razon, y se evaporan las ideas de justicia y de bondad; se cae creyendo y se levanta ateo; si ese infierno existiera no se oirian en el otro mundo sino las blasfemias de los condenados.

» Si ese infierno existe ¿para qué sirve el purgatorio? Los protestantes obraron cuerdamente al abolirle. ¿Qué son cien años, mil ó millares de siglos pasados en el purgatorio para el que cree en ese infierno? El purgatorio concluye; pero el infierno jamás. Los siglos ó millares de siglos no se cuentan, se olvidan. Ante el espectáculo de ese infierno siniestro en donde no se conoce la misericordia, siendo inútiles los padecimientos y torturas, en el que la justicia es un enigma, el purgatorio se convierte casi en paraíso, y se quisiera estar seguro de ir á él; los castigos que allí se sufren, por largos y rigurosos que sean, no son de temer; se desean. De modo que el castigo más terrible que se pueda idear queda sin efecto sobre las almas pervertidas á causa de su apariencia injusta y cruel. Esas pobres almas despavoridas, aterradas y estupefactas ofenden á Dios, á pesar suyo, de dos maneras: primero temiendo su venganza, y segundo notemiendo su justicia. La idea de esos castigos ineficaces y tormentos sin fruto es tan monstruosa, horrible y falsa, que hace se consideren como inútiles las penas poderosas y dolores saludables por bella, clara y divina que sea la razon que para ello se alegue.

» Dios es todo justicia y misericordia conjunta é indivisiblemente. Hay siempre un fondo de misericordia en los actos de su justicia y un fondo de justicia en los actos en que no aparece su misericordia.

» No se puede decir sin ofenderle que respecto á unos

es misericordioso sin justicia y en cuanto á otros justo sin misericordia. Esto no es cierto, ni en el tiempo ni fuera del tiempo. Dios es justo para con sus elegidos cuando los corona, porque si fuera gratuita su salvacion y efecto de particular complacencia, un favor en fin, no una recompensa, el castigo de los pecadores seria la mayor de las iniquidades. Asi, pues, en la gloria de los bienaventurados hay tanta parte de justicia como de misericordia.

» Pero si Dios es justo en el otro mundo para los elegidos ¿por qué no habria de ser en él tambien misericordioso para con los pecadores?

» Me mostrais su misericordia en el cielo y yo distingo su justicia.

» Me mostrais su justicia en el infierno y yo busco su misericordia que estará allí, mejor dicho, que está.

» ¿Qué mayor reprobacion de vuestro infierno que esa necesidad lógica, invencible, que se siente en él de ofender á Dios y maldecirle. ¿Es posible tal cosa? ¿Puede Dios querer que se le injurie y ultraje por toda la eternidad? Al contrario; lo que quiere es que todas las criaturas le adoren y bendigan. Los santos le adoran con júbilo; los muertos que castiga le adoran en sus padecimientos porque saben que estos tendrán fin.

» Pongo por testigo al Evangelio, impregnado todo él en la llama del amor divino y el amor al prójimo, y del suave rocío del perdon misericordioso. »

Demasiado comprenderán nuestros lectores que no tenemos la intencion de agotar la lista de los escritores modernos que defienden ó participan de nuestras creencias, pues no podríamos citarlos todos en este libro; pero permitánnos que mencionemos con preferencia aquellos cuyos trabajos tienen mayor acogida, consagrando el éxito en cierto modo sus doctrinas. Uno de ellos es M. Alfonso Esquiros, que en su obra titulada *la Vida futura bajo el punto de vista socialista*, que dió á luz como continuacion de las *Confesiones de un cura de aldea*, trazó bellos

pasajes sobre los cuerpos aromal y virtual del alma. Á causa de su extension resumirémos lo que dice tocante á las condiciones de la inmortalidad, por donde se verá que tambien adopta la idea sobre la pluralidad de las existencias. Dice así :

« En concepto del pueblo hebreo , los hombres se dividian en circuncisos é incircuncisos ; unos gozaban de todos los favores del verdadero Dios mientras los otros estaban excluidos de ellos por su nacimiento. No tardó mucho la Iglesia en reemplazar aquel privilegio por otro no ménos imaginario ; hablamos de la idea que se formaron los doctores sobre la predestinacion. Segun su doctrina, que allanó el camino á todas las aristocracias, unos nacia con la seguridad de la condenacion eterna , al paso que otros pertenecian ya al número de los elegidos estando aun en el vientre de su madre, pues los impenetrables designios de Dios habian fijado antes del nacimiento la suerte de aquellas dos clases de hombres : los escogidos y los réprobos.

» De ningun modo puede satisfacernos semejante division de penas y recompensas. Nosotros somos los autores, y por decirlo así , los que labramos nuestros destinos futuros. Todo vicio ó degradacion es un padecimiento. El mal consiste solo en la privacion, la que aumenta á medida que el soberano bien se aleja de la inteligencia y del corazon. Inútil es, pues, recurrir á la intervencion directa y milagrosa de la Divinidad para separar la suerte de los justos de la de los malvados. Una ley de gravitacion natural guia el movimiento del alma hácia las recompensas ó los castigos, así en este mundo como en el otro. Una especie de necesidad encadena el hombre á sus obras, y en las que lleva á cabo, sean buenas ó malas, hay siempre algo de imperecedero que se incorpora á la vida futura. Hé aquí el modo cómo cada uno de nosotros prepara ó impide por sí mismo la entrada en el reino de de Dios.

» Hay almas que salen del cuerpo mortal sin haber llegado jamás á conocerse ; otras que se niegan á sí mismas con tenacidad ; otras, en fin, que contraen en el comer-

cio con la materia una especie de embotamiento; ninguna de ellas podrá igualarse el día de la resurreccion con las de los creyentes y los filósofos. Bajo este punto de vista, en la vida futura habrá una série de eternas desigualdades, marcando su límite el organismo más ó ménos perfecto de cada una de ellas.

» En las creencias religiosas de todos los pueblos del mundo se encuentran, con diversas variaciones, el infierno y el paraíso. Cada raza ha ocupado su imaginacion sobre el simbolismo de nuestros destinos futuros. Dejando á un lado las invenciones, las figuras y sueños maravillosos y la mitología del porvenir, veremos que está fuera de toda duda la idea de que un estado dichoso ó infeliz debe suceder á nuestra vida actual, continuando bajo forma de castigo ó recompensa la condicion de nuestra existencia presente. Los caractéres de nuestra inmortalidad están calcados sobre los rasgos de nuestra conciencia. Todas nuestras acciones llevan consigo sus consecuencias para el presente y el porvenir; de este modo existen un infierno y un paraíso filosóficos. Entendemos por esto el sistema natural que enlaza estrechamente los efectos á las causas de este lado del tiempo y fuera de él. La ignorancia, la inquietud, los remordimientos físicos é intelectuales son los resultados inevitables del mal, así como la luz, la paz eterna, la satisfaccion del corazon, el bienestar son los frutos del bien. El que se encierra en el egoismo marca los límites de su naturaleza moral en esta vida y en las otras y amontona en derredor suyo las tinieblas que fatalmente le seguirán en sus ulteriores destinos. La muerte es el acto más solemne de nuestra existencia y el carácter de las enfermedades que la preceden es generalmente el de renovar nuestra inteligencia. ¿Quién no se acuerda de haber poseído en alguna de esas flaquezas de la naturaleza cierta lucidez de espíritu propia de los enfermos, lucidez que se oscurece á medida que adelanta la convalecencia?

» El hombre que muere violentamente en circunstancias heroicas reemplaza esa preparacion lenta del último suspiro impulsando, si así puede decirse, su alma á la inmortalidad con la fecunda exaltacion de sus sentimientos generosos y el desinterés de su vida.

» El dogma inalterable en que las creencias religiosas

han fundado la idea de los castigos y las pruebas despues de la muerte es la expiacion bajo diversas formas que varian segun los paises. El dolor absorbe el mal, de donde todos los pueblos antiguos y modernos han adquirido la idea más ó ménos precisa de la redencion. Los seres se redimen por sí mismos de sus faltas ó con ayuda de sacrificios. Lo que hay de cierto en los misterios del infierno y del purgatorio es el cumplimiento de esa ley natural ó sea la purificacion por medio del sufrimiento. La muerte es una de esas pruebas con las que se regenera el sér al dejar la existencia; es el contrapunto del nacimiento que á su vez hace sentir tambien al niño en el seno de su madre todos los tormentos y angustias de una iniciacion dolorosa. En la hora de nuestra muerte entramos en la generacion de la vida subsiguiente.

» Con fundado motivo podemos preguntarnos si los talentos, las buenas ó malas inclinaciones que el hombre trae consigo al nacer serán la continuacion de las luces, cualidades ó vicios que adquirió en una ó varias existencias anteriores. ¿Hay alguna vida precedente cuyos elementos preparen las condiciones de nuestra existencia actual? Nuestros antepasados opinaban así. Las disposiciones innatas de los niños les inclinaron á pensar que eran huellas que dejaron sus anteriores existencias en el gérmen imperecedero del hombre. En efecto, desde los primeros dias en que empieza á mostrarse la inteligencia en los niños se notan en ellos rasgos confusos, una idea general de las cosas que parece una reminiscencia. Segun este sistema, no seriamos extraños á los elementos que traemos con nosotros al venir á este mundo.

» Pasemos ahora á ocuparnos de los que habiendo sufrido en una ó varias existencias sucesivas sus primeras pruebas, son llamados á otra vida diferente de la nuestra. ¿Cuál es el teatro de esa vida desconocida que implica una nueva combinacion de la materia y el espiritu?

» Desde muy antiguo existe la idea, cuyo origen se encuentra en las tradiciones de los celtas nuestros antepasados, de que una vez libres los muertos de sus groseras envolturas, continúan habitando las elevadas regiones de nuestro globo y asisten invisiblemente á nuestros combates y pruebas, prestándonos su concurso y ayudando con

su influencia oculta los progresos del género humano. Permanecerán así dentro de la vida general del globo hasta la consumacion de los siglos, es decir, hasta el acontecimiento profetizado que cambiará las condiciones de nuestro planeta y transformará toda la naturaleza. Su presencia entre nosotros se asemeja á la de los dioses homéricos; mezclados en nuestras revoluciones, participan de los sucesos y resultados que preparan de antemano. La parte activa que toman en nuestra historia no debe dejar de ser importante. Si la diferencia de organismos pone entre ellos y nosotros una distancia material, no por eso impide la comunión de las almas.

» La presencia de las almas de los que murieron, su influencia en los destinos de nuestro globo al que quedan unidos por lazos indisolubles, establecen entre ellos y nosotros íntimas relaciones. Todos los pueblos del mundo han creído siempre en el poder que ejercen los muertos sobre los vivos. Desterrada esa idea por la fría razón, se refugia en el sentimiento, en el instinto, en las costumbres populares.

» Las religiones antiguas carecieron desgraciadamente de la idea del progreso y esto fué lo que produjo, en el pueblo indio, la creencia en una ciega metempsicosis, y en los cristianos de Occidente, el sentimiento de la inmovilidad en la bienaventuranza. Nosotros creemos que hay diversos círculos de pruebas de las que saldrán las almas sucesivamente por medio de la muerte, constituyendo así los grados de una perfección siempre nueva. El progreso está en todas partes, el término en ninguna: cansados los místicos del mundo que los repele lastimando su delicada sensibilidad, tratan de sepultar toda la naturaleza en Dios.

» Pero la razón no puede admitir esa bienaventurada absorción, esa desaparición en el seno del Criador de los seres creados, ese *Nirvana*, que según las creencias indias, es el término de la suprema felicidad.»

Como acabamos de ver, son demasiado interesantes y notables los pensamientos de M. Alfonso Esquivós para pasarlos en silencio.

M. Patricio Larraque, filósofo aun más autorizado;

nos ofrece tambien el resultado de sus concienzudas y libres observaciones. En uno de nuestros escritos rebatimos ya sus conclusiones racionalistas y reprobamos que negára la educacion de la humanidad terrestre por Dios, mediante una revelacion progresiva y cierta ¹, así como el haber puesto en duda el movimiento providencial de la historia que consistió en prepararlo todo para la venida del Mesías, y despues en guiar las miradas de los pensadores y todos los hombres más avanzados hácia el reino futuro y el advenimiento del Espíritu Santo. Hecha esta salvedad, en la que persistimos, tributamos todos nuestros elogios á los siguientes pasajes que insertamos contra el dogma de las penas eternas.

«Dios puede castigar justamente el pecado que no se ha purgado; esta proposicion es incontestable. Pero á favor de este principio se intenta hacer pasar, como consecuencia natural, otra proposicion que estriba en la idea más errónea, á saber; que el pecado mortal es inexpiable por toda la eternidad. La razon que para ello se dá es que dicho pecado extingue para siempre la caridad sin la cual no puede aplacarse la justicia de Dios. En ese caso se supone que el alma cae en un estado en donde jamás podrá amar á Dio; pero esta suposicion es insostenible. Se ve y se concibe muy bien que pueda el hombre alejar su pensamiento de Dios mientras las pasiones le dominan; pero que el que actualmente dedica sus pensamientos á la idea de Dios, es decir, á la idea del sér infinitamente bueno pueda no amarle; que tampoco pueda amarle el hombre que ha pecado, y por la misma razon de haber pecado, cuando cesa el vértigo de la pasion, cuando siente el punzante aguijon de la pena que merece por su falta; cuando por esto mismo su inteligencia se dirige á Dios con más anhelo que nunca, iluminado con la idea del bien como

1. Véase *Precursor religioso*, p. 155 y sig., y en *San Juan Bautista*.

jamás lo fué, que no pueda amar á Dios, repétemos, y esto durante una eternidad de tormentos, no solo no se comprende, sino que es monstruoso hasta lo sumo. ¿Qué juicio os formais entonces de la justicia divina?—No puede aplacarse, decís.—¿Y quién os habla de aplacarla? Esa palabra es vuestra exclusivamente. En cuanto á nosotros, pensamos que la justicia divina debe necesaria y perfectamente satisfacerse, que queramos ó no y pidámoslo ó no lo pidamos. Pero de que deba satisfacerse necesaria y perfectamente ¿se deduce que no lo sea jamás? Eso es lo contrario de la evidencia. Porque exige que se purgue el pecado ¿implica eso que no haga cesar jamás la expiación del pecador, sin cansarse de verle eternamente entregado en vano á los tormentos del dolor, en una palabra, que nunca pueda quedar su justicia satisfecha?

» Así es como preparaba la teología en sus seminarios á los futuros levitas para ofrecer su sagrado ministerio en un siglo que no conocían y en el que marchaban á tientas. Héla aquí ahora intentando presentarse con formas ménos ásperas y acomodarse al gusto más delicado de las personas ilustradas; pero observando con un poco de atención veremos incontinenti que es la misma teología, pues la batista y seda con que se cubre dejan ver sus maneras especiales y sus movimientos angulosos.

» La pena que está en proporcion con el pecado mortal, dice Bossuet, es la muerte eterna; y esa pena del pecado la lleva consigo el pecado mismo, pues siendo este la separacion voluntaria del hombre que huye de Dios, síguese de aquí que Dios tambien se aparta del hombre para siempre puesto que este no tiene ya medio alguno de volver á unirse á él por sí mismo; de manera que el pecador queda separado eternamente de Dios á causa del delito que voluntariamente cometió y por consiguiente, Dios se vé obligado á retirarse de él hasta que por un efecto de su misericordia le plazca volver á su criatura infiel. Y como esto no sucede sino por la infinita bondad que Dios no debe al pecador, se deduce de aquí que no le debe sino la separacion eterna y la sustitucion de su bondad, de su gracia y de su presencia; pero desde aquel momento su perdicion es tambien irremediable porque es eterna ¹. »

1. *Elevaciones á Dios sobre los misterios*, VIª semana, 14 elevacion, t. X-

» Puede calificarse de instante, con mucha exactitud, la vida mas larga del hombre si se la compara con la eternidad, y por consiguiente, ese razonamiento empalagoso, ó digámoslo de una vez, ese sofisma tan poco digno de un escritor tan célebre, puede traducirse de este modo: «En un instante de extravío y en medio de las peripecias de su vida actual sale el hombre del camino recto en que jamás volverá á entrar, aun cuando despues de recobrar su razon el castigo le obligue á confesar su extravío.» O mejor dicho: «Una criatura débil, ignorante y expuesta á todos los peligros de las pasiones, olvida momentáneamente á su Criador; y este, cuya sabiduría es infinita, omnipotente su fuerza, inagotable su caridad, no solo debe abandonarla para siempre, sino condenarla á eternos suplicios.» Nótese que Bossuet salpicaba su desapiadada teoría con las palabras misericordia y bondad del Sér Todopoderoso.

«Abrid los dos grandes libros del mundo, la naturaleza y la Biblia, dice el abate Genoude, y allí veréis la justicia divina escrita por todas partes con letras de sangre, sin lo cual jamás habrian creído los hombres; se habrian dicho lo que hoy mismo se oye aun en medio del mundo surcado por el rayo: Dios no podría castigar con el suplicio eterno la ofensa de un momento; como si Dios no fuera infinito, como si hubiera algo en Dios que no fuese Dios, su poder como su justicia, su justicia como su amor!... ¿Qué importan años ni siglos de padecimientos? Voluntades hay que desafiarán los suplicios temporales antes que ceder, ¡y Dios seria vencido por el hombre! El Infierno está solo en proporcion con la elección monstruosa que atrae sobre sí el odio ó el desprecio á Dios. ¿No debe castigar Dios eternamente una voluntad que eternamente será su enemiga? Dios no juzga al hombre segun la duracion de su falta sino por las disposiciones de su corazon. Las penas son eternas porque el pecador se complace eternamente en el pecado. Por millones de años que Dios le concediera no saldría del pecado y desearia, dice San Agustin, vivir eternamente en su crimen... Es tan grande el hombre, que necesita penas infinitas para castigar el mal uso que hizo de su libertad¹.»

1. Nueva Exposicion del dogma católico, cap. XII.

« ¡Así, pues, para que creyesen los hombres en la justicia divina era preciso que estuviese escrita con letras de sangre! ¡El mal uso de la libertad humana necesitaba penas eternas, ya porque Dios es infinito, ya porque el hombre es grande! ¡Y hay voluntades que desafiarían los suplicios temporales antes que ceder y Dios hubiese sido vencido! ¡Dios debe castigar eternamente al pecador, pues su voluntad es complacerse eternamente en el delito!

« Llevada esta argumentacion hasta su última expresion no ofrece sino afirmaciones gratuitas é ininteligibles. ¿Se puede comprender, por ejemplo, que porque la voluntad humana se apartó del orden por un momento pueda gozarse eternamente en el pecado? Semejante teoría, aunque se tome de San Agustín, no tiene sentido comun ni es capaz de prestarse á ninguna discusion formal.

« Llegamos á las extrañas razones siguientes: Dios es infinito, luego la ofensa que se le hizo debe castigarse con el suplicio eterno. El hombre es grande, luego se necesitan penas infinitas para castigar el mal uso de su libertad. Hay voluntades que desafiarían los castigos temporales y Dios sería entonces vencido; luego debe castigar eternamente. Pero ¿quién pretendió jamás que pudiera llegar el hombre á su fin, á la dicha, en tanto que su rebelde voluntad se negara á sometese al orden? ¿No cura la pena tanto como el extravío de la voluntad humana? ¿Cómo hay quien se atreve á decir que Dios sería venido porque tendrían un término los suplicios? Esos suplicios concluyen desde el momento que la voluntad humana expía sus faltas y despues que cesa de desafiar á Dios, sirviéndonos del lenguaje teológico, pues se deben notar las expresiones que constantemente se hallan en su discurso: *ofensa hecha á Dios, desafiar á Dios, Dios vencido por el hombre, odio ó desprecio hácia Dios, Dios debe castigar, voluntad enemiga de Dios*. Esas palabras y otras semejantes dicen claramente que se representan un Dios como ofendido directa y personalmente por el pecador, como irritado contra él es aplicándole distintos suplicios en venganza de las ofensas que de él recibió. No ven que las faltas del hombre no pueden en lo más mínimo turbarla inalterable serenidad de la causa soberana, así como tampoco pueden añadir nada nuestras buenas obras á su felicidad infinita.

» Siempre olvida la teología cristiana que Dios es completamente desinteresado, que si castiga el pecado es por el bien del pecador, que con el castigo se propone purificar el alma humana de sus manchas y hacerla digna del honor que la destina, y que aun castigando justamente no cesa de ser un Dios infinitamente bueno. Puesto que sois creyentes, lo mejor que podeis hacer es imitar en todo y por todo á esos teólogos que permaneciendo fieles á su principio no sienten repugnancia alguna mirando los eternos tormentos que un Dios bueno impone á infinito número de sus criaturas como condimento de los placeres de algunos fanáticos. Eso es lo que enseña santo Tomás de Aquino, transportando de este modo á la felicidad celestial uno de los sentimientos más terrenales ¹. ¿Quién no reconoce en esto el sibaritismo de algunos privilegiados de la fortuna que saborean su bienestar personal con tanta mayor voluptuosidad cuanto más contrasta con los padecimientos de otros hombres y que, hallando en ese contraste el condimento de sus propios goces, se excusan de trabajar para atenuar el mal general, haciendo, por el contrario, todo lo posible para perpetuarle? La doctrina del Doctor Angélico sobre este punto es atroz; pero esperad un momento y vereis su lógica. Explicando dicha doctrina otro teólogo añade que los bienaventurados se gozarán en el suplicio de sus mismos parientes y allegados ². De modo que el que está en el paraíso vé perfectamente los indecibles y eternos tormentos que en otra parte sufren su padre, su hija, hermano ó esposa, y no solo no se compadece, sino que se complace en ello... ¡Y Dios lo quiere así para que sea mas exquisita la felicidad de sus elegidos! Al leer impiedades tan horrosas se tienen tentaciones de decir que si existiera el in-

1. «*Ut beatitudo sanctorum eis magis complaceat et de ea ultiores gratias Deo agant, datur eis ut pœnam impiorum perfecto videant.... Beati qui erunt in gloria nullam compassionem ad damnatos habebunt. Sancti de pœnis impiorum gaudebunt, considerando in eis divinæ justitiæ ordinem et suam liberationem de qua gaudebunt.*» (*Summa theologica*, Supplementum ad tertiam partem, quæst. xciv, art. 1, 2 et 3. Paris, 1617, t. II.)

2. «*Beati cœlites non tantum non cognatorum, sed nec parentum sempiternis suppliciis ad ullam miserationem trahentur; tunc lætebuntur justi cum viderint vindictam: manus suas lavabunt in sanguine peccatorum.*» (Drexelius, *De æterno damnatorum Carcere et Rogo*, epistola dedicatoria al nuncio apostólico Carafa, Munich, 1630.)

fierno seria para los que las escribieron ó predicaron. ¡ Insensatos ! ; Ellos sí que necesitan más el perdon que los que con tanta ligereza condenaron ! »

Despues de esas autoridades racionalistas , permítasenos citar á M. d'Orient , católico ortodoxo que se adelantó al mismo M. de Mirville y escribió como él cuatro volúmenes para probar que el magnetismo es *exclusivamente* obra del demonio, y que la intervencion de los espíritus , así en la antigüedad como en nuestros dias son manifestaciones satánicas. Antes de esos desdichados cuatro tomos escribió otro titulado los *Destinos del alma*, en donde defiende con el mayor calor la *preexistencia* y la *pluralidad de las existencias*. No es de desdeñar semejante fortuna con tanto mayor motivo cuanto que emplea argumentos muy sensatos. M. d'Orient es más justo y consecuente que los que nos condenan por una sola falta ; no admite el infierno y el juicio final sino despues de una série indefinida de pruebas, solo que estas son arbitrarias como piensan todos los que desconocen ó ignoran la gran ley de Dios. Vamos á extractar de su libro : 1º un pasaje que explica el pecado original por la preexistencia ; 2º otro que recomendamos particularmente á nuestros lectores sobre san Agustin y su doctrina acerca de los niños que mueren en su mas temprana edad (damos á esta discusion una importancia capital y reveladora) ; 3º un fragmento sobre la *distribucion providencial de las almas* , en el que, si estamos léjos de aprobarlo todo, admiramos la verdad sublime en cuanto á los principios y el conjunto. Dicho esto comencemos las citas :

« Sin hablar de la considerable desigualdad de rangos y fortunas que por todas partes se ofrece á nuestra vista, ni recordar los innumerables infelices que carecen absolutamente de pan, al paso que los favorecidos del siglo nadan en la abundancia y los placeres, ¡ cuántas otras desigualdades existen entre los infortunados hijos de Adán! Unos están dotados de todas las ventajas del espíritu y del cuerpo; otros privados desde su nacimiento de los dones mas necesarios de la naturaleza; estos sordo-mudos, aquellos ciegos ó corcovados, cojos, estropeados, desfigurados de todos modos; idiotas, dementes, trayendo con su existencia los gérmenes de mil enfermedades horribles y asquerosas; toda esa inmensa variedad, en fin, que plugo á san Agustín atribuir á puros efectos de la voluntad de Dios y cuya razon debia buscarse en la misma causa que la dispensa desigual de sus gracias ¹. Continuamente tenemos ejemplos á la vista de séres desgraciados que todo cuanto emprenden les sale al revés, pareciendo que Dios se complace en descargar sobre ellos sus golpes más terribles y sobre quienes pesa constantemente el infortunio y la desdicha sin poder adivinar la causa. ¿ Por qué se ven en el mundo tantos niños que nacen enfermos ó estropeados, siendo su vida desde que nacen hasta su prematura muerte una perpétua cadena de padecimientos? El mismo san Agustín no sabia qué pensar de esto; el doctor de la predestinacion gratuita, es decir, de las desigualdades y privilegios, no podia concebir cómo permitia un Dios justo aquellas penas impuestas á la infancia; y ya hemos visto que este fué el principal motivo que le decidió á combatir la idea de que fueron creadas las almas expresamente para cada cuerpo. « Porque, » decia el santo doctor, existiendo un Dios soberanamente » justo y equitativo, nadie puede padecer sin haberlo merecido ². »

» Aquí no tiene aplicacion el pecado original de Adán por cuyo medio se quieren explicar los males y desórdenes que hay en el mundo, pues el pecado original es el mismo para todos y ahora hablamos de las desigualdades. Ahora

1. De *Correptione et Gratia*, cap. VII, n.º 19: *Contra Julian. Pelag.* libro IV, cap. III, n.º 16.

2. « Sub Deo summe justo et summe bono, nemo miser, nisi mereatur, esse potest. »

bien; ¿qué causa más justa se podrá atribuir á estas sino la misma desigualdad de las expiaciones que deben sufrir las almas por sus pecados anteriores, ó en otros términos, á la diversidad de méritos ó deméritos que alcanzaron en su precedente existencia? Nada se debe á la casualidad en un mundo, que es el fruto de la infinita sabiduría; bajo un Dios justo, nada puede hacerse sin soberana justicia; así como toda clase de bien recibirá su recompensa, el mal tendrá su castigo; y el que dijo que un vaso de agua dado en su nombre sería pagado, dijo también al prevaricador: «No saldrás de allí hasta que hayas pagado tu último óbolo.» La variedad de los dones de la naturaleza y la diversidad de estados y categorías de los seres inteligentes y libres que componen la universalidad del mundo, indujo á Orígenes á decir que «para que aparezca por todas partes la justicia de Dios, no se puede explicar su existencia sino por los innumerables y distintos grados de las faltas de los seres que no se separaron del mismo modo de la unidad en la que fueron creados primitivamente.»

» La gran dificultad con que ha tropezado constantemente la fé al tratar de conciliar las gracias de preferencia y eleccion y las predestinaciones gratuitas con la justicia de Dios, el eterno escollo en donde á su vez se han estrellado los sistemas de los semi-pelagianos y molinistas que en vano intentaron explicar su acuerdo, con doce siglos de intervalo, es la suerte de los niños que mueren sin haber recibido el bautismo, tan diferente de la de aquellos que, por el contrario, mueren regenerados por dicho sacramento. Aquí, dice san Agustín¹, encallan y se pierden todas las fuerzas de los argumentos humanos. Porque si no hubo antes de la vida actual otra vida en la que pudieron pecar los niños á quienes la carencia del bautismo hace caer en poder del demonio, la razon se subleva contra tan terrible suerte y puede preguntar con fundamento por qué castiga Dios con suplicios eternos á los que no hicieron ningun mal. Si á causa del pecado de Adán la raza entera del género humano ofendiera la perfecta pureza del Eterno y la destruyera, podríamos comprenderlo, pero jamás podre-

1. «Nempe totas vires argumentationes humanæ in parvulis perdunt.» (*Epist. ad Sixt.*, 199, alias 105, cap. VIII, n.º 31.)

mos imaginar que por las faltas ó crímenes de otro pueda perseguir á inocentes. O bien diríamos como el impio Luteró, lo que seria la condenación más absoluta de la doctrina de las predestinaciones gratuitas ¹: « Que si está bien » en concepto nuestro que Dios recompense á los malos » dos, asimismo aprobarémos que condene á los inocentes.»

« Los niños que mueren sin la gracia del bautismo no son inocentes, responde san Agustín, puesto que traen consigo desde su origen el pecado de Adán ²; y así lo escribió el sacerdote Sixto, quien llegó después á ocupar la silla pontificia, explicando al mismo tiempo su doctrina sobre la predestinación y la gracia al refutar la heregia de Pelagio. En la carta en que discutia y examinaba las diferentes opiniones esparcidas en aquella época sobre el origen de los almas, decía que no creía justa la condenación de las niños que morían sin el sacramento del bautismo si eran almas nuevas creadas ex-profeso para cada cuerpo. ¿Olvidó entonces la justicia del pecado original? De ningún modo, puesto que á causa de ese mismo pecado comprendía que los niños en quienes no le habia borrado el bautismo, debían ser reprobados inevitablemente, creyendo firmemente, como fundamento de la fé, en la constante doctrina de la Iglesia que ni aun los recién nacidos pueden librarse de la condenación eterna á que estamos todos destinados universalmente desde nuestro nacimiento sin el sacramento de Jesucristo ³. Mas á pesar de su firme creencia, no cesa de preguntar en su carta (y ese es el verdadero objeto de ella) que se le demuestre cuál es la justa causa del gravísimo mal que Dios impone á esos niños desventurados ⁴.

1. Véase la *Segunda advertencia* de Bossuet sobre las cartas del ministro Jurieu, art. IV.

2. « Neque enim damnantur qui non peccaverunt, quandoquidem illud ex uno in omnes pertransiit, in quo ante propriam singulis quibusque peccata omnes communiter peccaverunt. » (*Epist. ad Sixt.*, capítulo VI, n.º 27.)

3. « Non adversari robustissimæ ac fundatissimæ fidei, qua Christi Ecclesia nec parvulos homines recentissime natos a damnatione credit, nisi per gratiam nominis Christi, quam in suis sacramentis mandavit, posse liberari. » (*Epist. ad S. Hieron.* 166, *alias sub 28, finem.*)

4. « Tantum ergo malorum, quæ fiunt in parvulis, causa justa dicatur. » (*Ibid.*, cap. VI, n.º 16.)

«Segun el testimonio de San Agustin, es un hecho positivo que si son creadas todas las almas por separado no proceden de la de Adan, y por lo tanto no son responsables de la falta que el primer hombre cometió, ni pueden ser castigadas justamente por el pecado ageno. Y sin embargo, el fundamento en que el santo obispo apoya toda su doctrina sobre la gracia, es que están excluidos para siempre del reino de los cielos y condenados á la reprobacion eterna los niños que mueren sin lavar su mancha en el agua del bautismo. Ahora bien, puesto que Dios no puede condenar á los que no hayan pecado, es positivo que cometieron alguna falta, dice San Agustin ¹. De este modo adquirimos por confesion suya dos verdades muy importantes: la primera es que todos los niños que nacen pecaron, y la segunda, que si no proceden sus almas de la de Adan exclusivamente, el pecado por el que son condenados con justicia cuando mueren sin la remision del bautismo, no puede ser el pecado de Adan, puesto que semejante castigo seria injusto y enteramente indigno del Dios que los llamo á la vida.

» Si nó fueron condenados por el pecado de Adan, tiene que ser indudablemente porque pecaron en otra vida anterior, y esto es justamente lo que defendemos. Pero el santo Doctor raciocina de distinto modo. Puesto que están condenados y son por lo tanto culpables, dice, como Dios no puede condenar á ninguno injustamente ² y por otra parte es imposible conocer las faltas que esas infelices criaturas pudieron cometer antes de llegar á la edad de la razon, debemos creer que al nacer contrajeron el pecado original de Adan, siendo este pecado el que condena á toda su raza. De este modo quiso probar por el castigo, admitido como artículo de fé, la transmision de ese pecado á todos los descendientes del primer hombre, pero no pudo llegar á justificar dicho castigo demostrando con toda claridad el hecho de la transmision, lo que confiesa no se puede comprender.

» Efectivamente, para explicar la transmision que en su

1. «Non autem damnari possent, si peccatum utique non haberent.» (*De Peccator, meritis et remiss.*, Lib. III, Cap. IV, n. 7.)

2. «Nec divino judicio injuste posse aliquem damnari.» (*Ibid.*)

concepto justificaria la condenacion de los niños que por sí mismos no han pecado, dice que todas las almas fueron una sola en el cuerpo de Adan¹ y que proceden todas de la sustancia viciada de la suya como las ramas nacen del mismo tronco dañado, transmitiéndose el pecado á los niños por el vicio de su nacimiento, de igual manera que se trasmite la sávia del tronco á todos los retoños del árbol. Pero ¿podrian nacer las inteligencias, que fueron creadas libres, como la rama que, sin inteligencia propia nace del vástago á medida que el tallo se reproduce y crece? ¿Cómo se podrán asimilar en su generacion cosas tan distintas y separadas entre sí como el cielo y la tierra, segun el dicho de Euler? Eso es lo primero que se debió explicar y probar con toda exactitud: eso es lo que la razon necesita comprender clara é inteligiblemente.

» Estas explicaciones tan confusas demuestran la dificultad con que han tropezado los hombres más sabios y piadosos para poner de acuerdo la justicia y clemencia divina con la eterna reprobacion en que segun ellos incurrian todos los niños que morian sin la remision del bautismo. Bien distintos son nuestros pensamientos é ideas acerca del que es origen de la ilimitada bondad y verdadera perfeccion: jamás podremos creer que sea más solícita su caridad para con los descreidos de nuestras ciudades que hacen bautizar sus hijos por seguir la costumbre, que para las infortunadas criaturas cuyo crimen seria nacer á algunos millares ó centenares de leguas de las iglesias que aquí se profanan; al oir las relaciones de ese celo maravilloso que vá á buscar en las entrañas de la madre muerta el niño próximo á expirar, para bautizarle, no puedo ménos de confesar el asombro que me causa haya querido el hombre, imperfecta criatura, ser más misericordioso que el mismo Creador, como si ese Dios tan justo y poderoso hiciera depender la vida de la casualidad. »

Deduce de aquí M. d' Orient que los que mueren sin bautizar vuelven á nacer bajo otra forma para recibir la gracia y la salvacion del bautismo, y para

1. « Omnes illæ unus homo fuerunt. » (*Ibid.*, Lib. I., Cap. X, n. 11.)

que regenerándose, puedan trabajar con seguridad en las demás existencias para merecer la vida eterna.

« La presciencia de Dios y su conformidad con la libre voluntad del hombre, todo se encadena y estriba en esta doctrina, que por lo demás se funda en la razón. Ya está resuelto el enigma que hasta hoy fué indescifrable, si se quiere comprender que conociendo Dios lo que hay en el corazón del hombre antes de su nacimiento por sus obras anteriores ¹, le llama á la vida y le saca de ella en las circunstancias que mejor convienen al cumplimiento de sus designios. Contemplada á semejante altura, la escena movable del mundo se presenta á nuestra vista, con ayuda de la inteligencia, vasta y sublime, sin oscuridad ni misterios en todas las diversas fases de sus revoluciones desde los primeros tiempos de nuestra historia hasta nuestros días; su variedad aparece á las miradas iluminadas repentinamente como un cuadro vivo y maravilloso cuyos tintes y rasgos, es decir, los personajes y las acciones, trazó Dios á su voluntad, colocando en el lugar que les pertenece á cada uno de los seres inteligentes y libres con los que forma tan admirable espectáculo, y que por su propio valor, por la diversidad probada de sus caracteres que conoce perfectamente, están en su mano todopoderosa.

» Así se comprende cómo es Dios árbitro de todos los sucesos generales del mundo, pues conociendo las almas por su vida anterior, y uniendo á esto el poder que posee de disponer de todas y de cada una según le place, puede prever en su infinita sabiduría y ordenar las consecuencias para que sus designios se cumplan con tanta facilidad, poco más ó menos, como un diestro artista concibe y ejecuta la viva representación de un mosaico, un cuadro ú otro cualquier objeto ayudado por la variedad de los colores; comprendense todas sus previsiones respecto al porvenir, y así como predijo Daniel con tanta exactitud la grandeza y conquistas de Alejandro, é Isaías designó á Ciro con su nombre propio ² muchos siglos antes que aquellos conquistadores

1. « Intellexisti cogitationes meas de longe. Semitam mean et funiculum meum investigasti et omnes vias meas prævidisti. » (Salmo CXXXVIII, v. 3-4.)

2. Isaías, Cap. XLIV, v. 28; Cap. XLV, v. 1.

asombraran al mundo con sus victorias, tambien se dijo que Dios, para manifestar su poder entre las naciones é inmortalizar su nombre, endureció el corazon rebelde de Faraon y suscitó su tenaz empeño ¹; para producir esos diversos efectos, bastábale al Eterno mandar que volviesen á la vida ciertas almas á las que naturalmente conocia como las más á propósito para conseguir el objeto debido. Esto es lo que precisamente está señalado en el pasaje del apóstol san Judas, que á tomarle al pié de la letra, parecería indicar positivamente un decreto de reprobacion eterna sobre ciertas almas diciendo «que se introducen en » la Iglesia impíos que en otro tiempo merecieron ser ca- » lificados así, » ó de otro modo, que estaba escrito llegarían á serlo.

» De esta manera desaparece la mayor dificultad de la doctrina de la gracia, que consistia en explicar por qué era Dios misericordioso para unos y endurecia á otros sin que hubiera en él justicia ni acepcion de nadie, siendo misericordioso, dice san Agustin, por gracia no merecida y endureciendo por un fallo siempre equitativo; puesto que segun esta teoría unos están destinados á la gloria segun sus méritos precedentes, y otros, al contrario, á la cólera y á la ignominia, como en su tiempo lo comprendió y esplicó Orígenes. La dura palabra que el obispo de Hipona aplicó á Judas scandalizando á la mayor parte de los teólogos católicos, á pesar de confirmar la citacion que acabamos de hacer de san Judas, es decir, que aquel malvado estaba predestinado para verter la sangre del Salvador, parecerá muy justa y exacta si se toma en el sentido de que Dios hizo renacer expresamente aquella alma, perdida ya, aquel demonio, como le llama Jesucristo ², para ejecutar tan horrible atentado. « El Señor, dice Salomon ³, lo hizo todo, hasta el perverso para el » día nefasto. »

» La eleccion providencial de las almas en manos del

1. « Idcirco autem posui te, ut ostendam in te fortitudinem meam et narretur nomen meum in omni terra. » (*Exod.* C. IX, v. 16.)

2. « Nonne ego vos duodecim elegi, et ex vobis unus diabolus est. » (*San Juan*, Cap. VI, V. 71.)

3. « Universa propter semetipsum operatus est Dominus, impium quoque ad diem malum. » (*Prov.*, C. XVI, v. 4.)

soberano poder de Dios nos explica porqué están generalmente en relacion la inteligencia y demás dotes naturales con la condicion y clase de cada uno.

» En esta doctrina sobre la metempsicosis, por extraña y extraordinaria que parezca á primera vista, tienen su explicacion natural los más sublimes misterios de la religion, y los hechos más maravillosos en lo que concierne á los destinos de nuestras almas. ¿Qué prueba más conveniente, qué razón más poderosa se puede desear sobre dicha conformidad en una materia cuya demostracion positiva seria imposible de todo punto? La doctrina que tan exactamente concuerda con todos los hechos, que sin dificultad alguna explica todos los fenómenos de nuestra existencia en este mundo, debe ser necesariamente verdadera. »

Comprenderán perfectamente nuestros lectores que no entremos á discutir aquí esta teoría, sobre todo en lo relativo al nacimiento predestinado de Judas; pero si consignarémos como un hecho importantísimo la distribucion providencial de las almas y la certidumbre de la preexistencia.

CAPITULO IX.

JUAN REYNAUD.—ENRIQUE MARTIN.

CAMILO FLAMMARION.

En otra parte de nuestro libro hemos hablado ya del gran filósofo Juan Reynaud citando algunos extractos de sus artículos sobre *Zoroastro y Orígenes*. En el presente capítulo vamos á dar á conocer su principal obra titulada *Tierra y Cielo*, en el orden siguiente:

Primero, los pasajes referentes á la pluralidad de los mundos y al rango que ocupa la tierra en el universo;

Y despues los preciosos datos de este autor sobre la pluralidad de las vidas y las condiciones de la inmortalidad.

«Es enteramente indispensable, dice, cambiar la idea que se han forjado los cristianos acerca del universo.

»Nada saben respecto al universo sidereal; de toda la creacion material, solo han conocido la tierra, y para eso imperfectamente, y el error fundamental de que los acusamos se funda en su ignorancia con respecto a este punto. Siendo la tierra el único centro de sus conocimientos, dedujeron de aquí que era el único centro del universo, creyendo en su alucinacion que solo existia un mundo, es decir, el que veian. « Si hubiera mas mundos, dice santo

»Tomás (cuestion 67), vendrian todos forzosamente al »centro en que nos hallamos.» De este punto partia todo el resto de su sistema que es muy sencillo y en dos palabras vamos á reasumirle: primero, la tierra; por encima de ella el firmamento tachonado y enriquecido en su superficie con esos puntos brillantes que forman el ornato de la noche y el surco que sigue el sol, y en cuya parte superior está el océano celeste, de donde salió el diluvio universal; del otro lado de las aguas, en los límites del mundo, se encuentra el empíreo, region de las nubes y la luz, mansion de los ángeles y bienaventurados; en las profundidades de la tierra, el infierno y el purgatorio. Los Padres asimilaban esta obra de Dios en medio del vacío al tabernáculo que Moisés construyó en el desierto; un sábio moderno la comparó con maligna expresion, pero con justa exactitud, á una casa cuyo piso bajo ocupan los vivos, en la cueva están los hornillos infernales y en el piso principal la iluminacion del paraíso. ¿Qué es lo que nos enseña el símbolo de Nicea? Que Jesucristo, crucificado en la tierra, bajó despues de su muerte á los infiernos, volvió á pasar por la tierra, y por último subió al cielo rodeado de gloria.

»Pero llegaron los astrónomos y echaron abajo aquel edificio fabuloso; rompieron la grosera bóveda del firmamento; arrojaron de allí las aguas quiméricas que le hacian soportar; dispersaron su adorno de estrellas en las insondables profundidades del espacio, y quitaron á la tierra la posicion céntrica que habia usurpado.

»Las nubes que ofuscaban nuestra vista se disiparon como por encanto, y de repente, al dirigir nuestros ojos al cielo, percibimos un magnífico espectáculo en medio del cual vivieron nuestros padres sin conocerle.

»Ahora bien; creemos que la religion tiene que dar indispensablemente un paso sério hácia adelante; es preciso, ó que el género humano se sepulte para siempre en la triste conviccion de su oscuridad, ó que se persuada de que la creacion es un todo sin límites; para colocarnos en el centro del universo podemos imaginarnos que este es una inmensidad sin superficie, y perdiendo nuestra dignidad el abrigo material que la ignorancia la permitió construir en el mundo, tendrá que refugiarse en lo infinito, en donde hallará á Dios.

» Guardémonos, pues, de creer que esas separaciones secundarias son abismos que no podemos salvar, pues ante la grandeza de nuestras almas solo pueden compararse al paso del umbral de una puerta, y esperemos en lo que la unidad del Creador anuncia á todos los hombres con elocuente y tonante voz, á saber: que todos esos mundos son uno solo y ese es el cielo; su incorruptibilidad es la inalterable simetría de sus cambios; su fijeza, el infinito conjunto de sus movimientos; su inmaterialidad consiste en su eternidad y en su inmensidad. Esta tierra que hollamos con nuestras plantas, á la que venimos por turno á cumplir nuestra tarea confundiéndonos en el género humano, en la que no nos acordamos de donde salimos, en la que vivimos sin poder saber con seguridad quienes somos y de la que desaparecemos sin saber adonde vamos; esta tierra, repito, es uno de los elementos del cielo y constituye nuestra residencia en él. Aquí debemos aplicar á la religion las sublimes palabras siguientes de Kepler en sus *Armonías*: « *Hoc enim cælum est, in quo vivimus, et movemur, et sumus, nos et omnia mundana corpora.* »

Así considera Juan Reynaud la pluralidad de los mundos, es decir, como una verdad de la razon, por lo cual puede extenderse libremente en favor de la pluralidad de las existencias. Dice así:

« Somos nosotros mas débiles que malvados, pues cuando Dios nos hizo salir de la nada en virtud de su fecundidad omnipotente, nos privó del funesto poder de hacer algo contra nosotros mismos. Jamás se cansa la naturaleza del bien, pero tarde ó temprano el mal, con todas sus consecuencias, la fatiga y disgusta. Para llegar progresivamente á concentrar en nuestra capacidad todas las magnificencias del universo, brillamos primero como una simple chispa; nacemos perecederos desde nuestro origen, admirables en nuestro fin, dignos de compasion y tolerancia en nuestros primeros pasos, pues entonces no podemos menos de dudar, vacilar y sucumbir; solo que es preciso hallar por fin un medio de salir de esas vidas azarosas. Poco nos importaria comprender que ninguna de nuestras faltas nos per-

deria definitivamente si supiéramos que estábamos condenados á permanecer indefinidamente en existencias tan miserables como esta. No es nada envidiable volver eternamente á la tierra con la misma suerte contraria y la incertidumbre del propio destino; semejante prision en ese círculo fatal podría autorizar la desesperacion. Hay que concluir, pues, de una vez con esos nacimientos de humilde esfera manchados por el pecado anteriormente, peligrosos para el porvenir y asentar el pié, si se puede, en mejores regiones.

» ¡ Qué magnífica claridad esparciria sobre el órden actual de la tierra el conocimiento de nuestras existencias anteriores ! Pero no solo es impotente nuestra memoria respecto á los tiempos que sucedieron á nuestro nacimiento, sino que tampoco alcanza á los que la siguen; fáltanos en multitud de épocas importantes de nuestra vida; no conserva absolutamente recuerdo alguno del primer período que pasamos en el seno materno; apenas guarda una huella perceptible de la educacion de nuestros primeros años, y hasta podríamos ignorar que hemos sido niños si no hubiera testigos de ello, haciéndonos saber lo que hemos sido, sin contar con los ejemplos que tenemos á la vista.

» Así, pues, por todos lados nos rodea la ignorancia como una atmósfera densa y sombría sin poder distinguir la luz antes de nuestra cuna ni mas allá del sepulcro. Podríamos comparar nuestra marcha hácia el cielo, refiriéndonos á la memoria, á los cohetes que en la oscuridad de la noche vemos distintamente atravesar los aires, dejando tras sí una larga luz, surco indicador de la ruta que siguen; á medida que van subiendo otras luces se destacan borrándose al mismo tiempo las precedentes, de modo que nunca hay luz sino en una corta parte de su camino. Tal es la memoria, que cual rastro luminoso dejamos en nuestro camino; morimos y todo se oscurece; renacemos, y empieza á mostrarse la luz como una estrella confusa que se divisa entre la niebla; vivimos, y se desarrolla, crece y adquiere de nuevo su resplandor; desaparece de nuevo para volver á salir despues, y de eclipse en eclipse proseguimos nuestro camino entrecortado por esas oscuridades periódicas, y en el que dislocados en apariencia los elementos, permanecen eternamente encadenados unos á otros por una

solidaridad profunda; siempre nos sucedemos á nosotros mismos, siempre traemos con nosotros el principio de lo que seremos despues; siempre subimos. Si nos interrogáis acerca de nuestro pasado, responderemos como el cohete, que marchamos, pero que la luz no señala nuestra huella en torno y el camino se pierde en la oscuridad de la noche; no sabemos en donde hemos nacido ni tampoco adonde vamos; lo que sí sabemos es que venimos de abajo y nos dirigimos hácia arriba, y esto nos basta para interesarnos por nosotros mismos y comprender lo que somos.

»Ademas, ¿quién sabe si no encierra nuestra alma en el secreto recóndito de su esencia con qué iluminar algún dia los espacios que sucesivamente atravesó desde su origen como uno de esos brillantes fuegos artificiales á que la comparamos, que llegados á su mayor altura despliegan de pronto inesperada luz, recobrando con magnificencia por medio de cascadas esplendentes la línea que surcaron desde el humilde suelo de donde salieron hasta las sublimes zonas en cuya cúspide dominan la tierra? Tenemos poderosas razones para creerlo, puesto que con justicia nos parece que la restitution íntegra de nuestros recuerdos debe ser la principal condicion de nuestra dicha futura. No podremos gozar enteramente de la vida sin llegar á ser, como Jano, reyes del tiempo y sin poder reunir en nosotros la idea del presente con las del pasado y del porvenir. Luego si algún dia hemos de poseer la vida perpétua, tambien se nos devolverá á la vez la memoria completa. Representémonos entre tanto, si podemos, los infinitos tesoros de un espíritu enriquecido con los recuerdos de una série innumerable de existencias, enteramente distintas unas de otras, y sin embargo enlazadas todas admirablemente por una dependencia continua. Añadamos todavía á esa guirnalda maravillosa de metempsícosis que cruzan el universo con un florón en cada mundo, la perspectiva que nos parece digna de nuestra ambicion, la percepcion lúcida de la influencia particular de nuestra vida, en los cambios ulteriores de los mundos que sucesivamente hayamos habitado; ensanchemos nuestra vida inmortalizándola y unamos en noble consorcio nuestra historia con la del cielo; y puesto que la bondad omnipotente del Criador nos invita á ello, juntemos todos los materiales necesarios para la felicidad y

construyamos con ellos la existencia que el porvenir prepara á las almas virtuosas; sumerjámonos en el pasado por nuestra fé, esperando mayores luces, así como por ella nos sumerjimos en el porvenir; desterramos del mundo la idea del desórden abriendo las puertas del tiempo del otro lado del nacimiento así como desterramos la idea de la injusticia abriendo otras más allá de la tumba; extendámonos en todas direcciones en la duracion, y á pesar de la oscuridad que empaña nuestro horizonte y nuestro ocaso, elevemos sin temor nuestra existencia por encima de la existencia imperfecta de los que se creen escogidos de Dios y que han marchitado la esperanza, siendo su memoria un punto imperceptible en el abismo de la eternidad; glorifiquemos al Criador al glorificarnos á nosotros cual ministros suyos en la tierra, y recordemos con noble orgullo, al contemplar los divinos caracteres de nuestra vida humana que aquí abajo somos los hermanos menores de los ángeles.

» Nacer no es comenzar, es mudar de forma. Vemos en efecto cuerpos que antes no existian, irse formando á nuestra vista, y una vez creados definitivamente colocarse entre nosotros bajo diferentes aspectos en el rango ó destino á que son llamados; mas ninguno de esos efectos de la naturaleza nos autoriza á deducir por eso que la fuerza que alimenta esos cuerpos, fuerza que preexistia antes de ellos puesto que los ha producido, no preexistia desde largo tiempo atrás, y no habia formado y sostenido otros muchos en otras épocas y en distintas regiones; claro es tambien que si el cielo contiene infinidad de astros análogos al nuestro, por los que pasan las almas prosiguiendo su camino hácia Dios, no podemos separar nuestro mundo como un anillo excepcional de la cadena que une las demás, sin incurrir en injustificable temeridad, proclamando que las almas que nacen en él aparecen en el cielo por la vez primera. Y puesto que nada prueba lo contrario, y que en las existencias que tenemos á la vista desde los animales mas inmundos hasta los más sublimes génios humanos, hallamos un diseño de todos los grados posibles de existencia y como un resumen de la totalidad del universo, hay una probabilidad infinita de que la más perfecta analogía une nuestra esfera á las más elevadas del cielo, y que las resurrecciones que sabe-

mos se efectúan en las demás regiones del universo tienen también lugar en esta; juntemos, pues, la metempsícosis con el Evangelio y pongamos á Pitágoras al lado de Jesu-
cristo.

» En ninguna parte se producen los cuerpos instantáneamente. Cualesquiera que sean las innumerables diferencias que ofrezcan los mundos respecto á las primeras manifestaciones del alma á su llegada, es ley constante que necesita este algún tiempo para reunir los materiales indispensables y construir los órganos que deben servirle. Si, lo que no es probable, se quisiera suponer que existen mundos en donde las almas se encarnan en cuerpos preparados y dispuestos como la estatua de Pigmalion, en la que según la fábula, entró el alma de una doncella, es positivo que el alma necesitaría algún tiempo después de penetrar en el cuerpo para familiarizarse con él y concluir de posesionarse perfectamente de su nueva forma. Luego la resurrección, aun bajo esta hipótesis extrema, sería también progresiva, y de este modo la ley de la no-instantaneidad es universal y rige el nacimiento en todos los puntos del cielo.»

Juan Reynaud se eleva todavía á mayor altura al demostrar que la caridad, única virtud teologal conservada y cultivada en el cielo de los cristianos, echa por tierra las puertas de su paraíso imaginario ante los suplicios eternos del infierno. Veamos cómo se expresa:

« La sola virtud á que los cristianos conceden su acceso al cielo es la caridad, pero quebranta sus puertas y queda indecisa entre el paraíso y el infierno sin hallar satisfacción en ninguna parte. Dios la atrae por un lado, más por otro la atraen también los ayes de las criaturas desventuradas y no encuentra reposo en el infierno, donde en vano trataría de calmar los dolores, ni en el paraíso en que la persigue la angustia y la inquietud. No es esa virtud un amor de tal modo absoluto y propio del Criador que no tenga alguna parte en él la criatura. Si no se

ama lo que Dios creó, tampoco se le puede amar á él completamente, así como no se ama verdaderamente la criatura si no se la ama en quien la dió la vida. La caridad es una fuerza doble que uniéndonos directamente á la creacion nos une á Dios por sus obras; y que enlazándonos directamente a Dios nos enlaza á la creacion por su autor; es, en fin, la base del universo. ¿Cómo, pues, podriamos presenciar los sufrimientos de una parte de la creacion sin inclinarnos instintivamente á remediarlos? ¿cómo no podria entibiarse nuestro amor hácia el Creador con la idea de aquel mal y de nuestra impotencia? En lugar de gozar la caridad de su plenitud y serenidad en el seno del paraíso, estaria por el contrario medio ahogada por los obstáculos que la reprimirian, lo que léjos de ser manantial de felicidad lo seria de padecimiento. En tal caso nuestra suerte en la tierra es preferible á la de los elegidos, puesto que á pesar de las trabas que nos entorpecen, somos dueños al menos de obedecer á nuestro noble instinto que nos ordena socorrer y amparar á las criaturas desdichadas, siendo además libres de creer en la eficacia de nuestros esfuerzos y de esperar en la bondad de Dios el fin de los males cuya vista nos aflige.

» ¿Quién podria figurarse, transportándose en alas de la imaginacion á esa elevada morada de los cristianos, que le seria posible asistir impasible al suplicio de los condenados, presenciar las indecibles torturas de sus padres, amigos ú objetos de su mayor afecto en el mundo, sin compadecerse, sin sentir el deseo de tenderles una mano benéfica, sin moverse de la tranquila posesion de su bienaventuranza, ¿qué digo? sin sufrir el mas espantoso tormento al conocer su impotencia para remediar tales infortunios? Paréceme que veo la desesperacion de mis amigos moviéndose con atroces contorsiones en medio de un incendio, mientras que yó, clavado en un sillón por la parálisis, gritaria en vano, como acontece en una pesadilla, sin poder levantarme y correr á salvarlos. No digais ¡oh Jesucristo! que los lamentos del rico avariento llegan hasta los oídos de Lázaro, mientras descansa en el seno de Abraham y que este los oye sin que su caridad se conmueva. Si así fuese, á pesar de nuestra imperfecta naturaleza, llegaríamos á ensoberbecernos demasiado al ver lo que son

vuestros elegidos, y cesaríamos de respetar á los que vos santificais y elevais por encima de nuestras cabezas; el pensar que algun día nos tendríamos que sentar á la misma mesa que ellos, nos causaria repugnancia, así como tambien el que la muerte pudiera producir en nosotros tal cambio que llegaríamos á participar de su bárbaro egoismo sin horrorizarnos de nosotros mismos. Dejemos semejantes ideas para épocas de costumbres más feroces, cuando los que se preciaban de ser más humanos no tenían escrúpulo alguno en presenciar los tormentos que los verdugos aplicaban á los criminales. Elevemos nuestros pensamientos y cesemos de creer en un paraíso donde no se halla nada noble y al que embelleceremos dejando llegar hasta él los reflejos de nuestras virtudes; conservemos en nuestro corazón el amor á la humanidad y antes que perderle consintamos en sacrificar nuestra vida; por dichosa que sea nuestra existencia, propongámonos socorrer á las criaturas que han menester de amparo; y siempre que hallemos en nuestro camino algun sér inferior á nosotros, cifremos todos nuestros conatos en guiarle hácia el bien elevándole á nuestro nivel; y vice-versa cuando veamos criaturas que nos son superiores, tratemos de llegar hasta su altura. Apoyándonos en la fé, la esperanza y la caridad, lancémosnos osadamente hácia la inmortalidad.

» No es el cielo una morada; es un camino misterioso cuyo término es precisamente el paraíso final que concibieron confusamente los cristianos, aunque sin poder definirle. Efectivamente, ¿no distinguimos en el límite del perfeccionamiento á que el universo se dirige, á todas las criaturas sentadas frente á Dios, con sus deseos satisfechos, desterrada su ignorancia, absortas sin distraccion en el amor lleno de bienaventuranza que las une al Creador y á la creacion entera? La posesion efectiva de ese paraíso debe atribuirse exclusivamente al que habita en el cielo y no camina por él, y que abarcando toda la eternidad, con una mano toca al origen de las cosas y con la otra á su fin. De este modo el asilo del reposo absoluto no es la realidad, sino el límite, y el juicio final no está en el tiempo sino fuera del tiempo. De aquí procede el error en que incurrieron los cristianos, que extraviados por su temeraria opinion hácia la consumacion de los siglos, se vieron obli-

gados á llenar los vacíos que su imprudencia habia dejado en el cielo, con la monstruosa invencion del infierno.»

Por los párrafos que acabamos de consignar, vemos que Juan Reynaud es uno de los más principales precursores del Advenimiento espiritual y la nueva fé. Concluiremos reproduciendo la interesante y lúcida síntesis que él mismo hizo sobre sus opiniones en teodicea; pero antes, y para que se comprenda bien toda su importancia, debemos explicar lo que dicho filósofo dijo acerca de la memoria en la inmortalidad. Cree que nuestras almas reciben y conservan hasta las más leves impresiones durante sus existencias sucesivas de tal modo que permanecen y se encuentran en ellas, ó con mayor exactitud, que permanecen y se encuentran en su cuerpo espiritual y plástico que Moisés y el Zohar designaron con el nombre de Rouah, el Espiritu de las vidas (*Spiritus vitalium*.)

No está solamente nuestra historia en el libro de la vida que menciona el Apocalipsis, colocado en las manos de Dios y de los ángeles, dice Reynaud, está en nuestra propia sustancia, es decir, en la quinta esencia de nuestro sér, y esta parte es como el *pasaporte* ó libro de memorias que llevamos con nosotros de una á otra estacion en nuestro viaje á través de los mundos; solo que no podemos leer su contenido antes de llegar á la suficiente perfeccion que ahora va á esplicarnos Juan Reynaud. Pero ¿de qué modo podrá conservarse y reaparecer la memoria? El autor lo hace comprender bastante bien con ejemplos tomados de nuestra experiencia puramente terrestre. Hé aquí sus palabras:

« Nuestra propia experiencia viene á apoyar lo que afirmamos. ¿ Existe en los órganos, por cuyo medio estamos hoy en comunicacion con el universo, no digo una simple molécula, sino una sola forma que haya pertenecido á los órganos que nos sirvieron en nuestra niñez ? ¿ Cuántos cuerpos no ha reunido, gastado y disipado desde entonces nuestra facultad vital ? Y no obstante esas mutaciones, ¿ no conserva siempre nuestra alma la memoria ? ¿ Cuántas cosas en las que no habia pensado hace largo tiempo y que habia dejado caer completamente en el olvido, se despiertan y reaparecen ya á causa de los lugares ó personas, ya por un esfuerzo de la imaginacion ! ¿ No es esto un indicio de lo que deberá suceder despues en sublimes proporciones ? A pesar de esas interrupciones que tanto efecto nos hacen y á las que el medroso vulgo llama muerte, considerada nuestra vida, no bajo su forma material y terrestre á que la reducen las preocupaciones de nuestra educacion, sino en su infinita escala, es en el fondo tan continúa en su desarrollo como el corto período que tenemos á la vista, es decir, el que media entre la cuna y la muerte. Cualesquiera que sean los accidentes que afecten nuestro vestido corpóreo, son siempre secundarios. Durante el curso de nuestra vida todos los dias mudamos de traje pieza por pieza, mientras que al final cambiamos todo de pronto léjos de los ojos que nos rodean ; esa es la diferencia. Esto es tan sencillo que el alma lo considerará como una de las irregularidades de su infancia, y extraña en adelante á semejantes puerilidades contempla su recuerdo sonriendo y dirige su vuelo hácia la inmortalidad. »

Pero ¿ en qué condiciones recobra el alma el recuerdo de todo su pasado ? Nuestro filósofo marca dos períodos: el primero, así como pensaban los druidas, es el que se efectúa en el mundo de los viajes y las pruebas del que la tierra forma parte (*cyclir abred*); y el segundo es aquel en que, libre el alma de las vicisitudes y penalidades de la vida, prosigue su destino en el círculo de la dicha siempre creciente y progresivo

(*cycl y gwinfid*). En el primero se eclipsa la memoria cada vez que pasa á un nuevo centro, aun cuando en cada intervalo de reposo la haya recobrado más ó menos imperfectamente; y en el segundo, cualesquiera que hayan sido las mudanzas y transfiguraciones de la persona, conserva y dura en toda su plenitud. Como se verá despues, esa es la teoría que aceptamos completamente en todas nuestras obras; teoría que forma la base del sistema de Reynaud y en ella se fundan sus creencias que resume así:

« La teodicea que he intentado diseñar bajo el título de *Tierra y Cielo* es muy sencilla; me bastará hacer su síntesis para acabar de dilucidarla. Héla aquí en dos palabras: reflexionando sobre el espectáculo del universo, tal como se nos presenta en los tiempos modernos, paréceme que nuestro espíritu tiende naturalmente á representarse que en las capacidades de la extension hay una série primera de mundos más ó menos análogos á la tierra, en donde las almas, al principio de la carrera sin límites que se abre ante ellas, débiles todavía y no adhiriéndose á Dios con suficiente firmeza, están expuestas al régimen de la tentacion, ya sucumben ó ya triunfan, y poco á poco se van perfeccionando de uno á otro mundo, pasando por pruebas siempre proporcionadas al grado de sus faltas ó culpas, llegando por último, despues de trabajos más ó menos prolongados, á merecer su admision en los mundos de la série superior. Allí se libran definitivamente de todo mal; el amor al bien reina con tanto poder que nadie vuelve á desmerecer; todos, por el contrario, animados del deseo de engrandecerse, secundados en sus esfuerzos por la gracia incesante de Dios y el concurso de las bienaventuradas sociedades en cuyo seno viven gozando de todos los esplendores de la naturaleza, despliegan con tal objeto todas sus virtudes, y progresando continuamente se aproximan con mayor ó menor rapidez, segun la energía de cada uno, al tipo infinito de la perfeccion. »

Por lo que acabamos de exponer se ve la grandeza y verdad de las concepciones brillantes de Juan Reynaud, que adquirió gran partido entre los distinguidos pensadores de nuestra época, de los que mencionaremos algunos y son los siguientes: Ronzier Joly, que escribió una obra interesante (*Horizontes del cielo*); Pelletan, que desenvolvió algunas partes de la filosofía de Reynaud en su *Profesion de fé en el siglo diez y nueve*, y en sus *Horas de trabajo*; Enrique Martin, al que no hay que confundir con su homónimo, autor de una *Vida futura* cuyas conclusiones refutamos ya; Enrique Martin, de quien hablamos aquí, ha publicado en diversas revistas, especialmente en la *Revista de París*, artículos muy bien escritos acerca de Juan Reynaud; y en el tomo primero de su obra adopta sin titubear las elevadas ideas de su amigo sobre el druidismo.

Lleguemos ahora á la importante obra de Camilo Flammarion titulada la *Pluralidad de los mundos habitados* de que ya hemos hablado en nuestro prefacio, y sobre la que nos extenderemos á causa de su connexion con el asunto que nos ocupa.

El autor se declara con la mayor franqueza discípulo de Juan Reynaud, á lo que en efecto tiene derecho. Este ilustre filósofo comprendió muy bien los puntos de union que existen entre la ciencia astronómica viva y su sistema sobre el origen y destino del alma; pero se contentó con bosquejar, aunque con magnificas intuiciones, la cuestion de la pluralidad de los mundos, sobre todo en el orden científico. Era preciso abarcarla enteramente y asentar la verdad

sobre fundamentos indestructibles; era necesario reunir la autoridad de los estudios especiales al talento del pensador para deducir las consecuencias morales de las pruebas rigurosas y positivas del sábio. Flammarion era singularmente apto para desempeñar esa doble funcion; como redactor de un periódico científico que alcanzó gran reputacion, teniendo una posicion oficial en la ciencia astronómica, dió señaladas muestras de otras cualidades envidiables, como vamos á manifestar. En cuanto á la parte científica, su verdad es innegable y nada diremos aquí respecto á ella; los que se interesan en la grave cuestion de los destinos futuros deben meditar detenidamente la obra de dicho astrónomo. Nos limitaremos á dar una idea sobre algunos datos filosóficos importantísimos que son el sello moral de su libro y operan la fusion entre la ciencia y la metafísica como alcanzaron á entreverla antes algunos sábios distinguidos.

Empezaremos por la gravísima cuestion que ya hemos tocado ligeramente, pero que conviene volver á tratar con nuestro autor y es la siguiente: «¿*Por qué razon la teología cristiana rechazó las ideas de Copérnico y Galileo?*» Dejemos hablar á Camilo Flammarion en su apéndice sobre el dogma cristiano.

« Esa razon grave, sorda y oculta es la que condenó á Bacon, Copérnico y Descartes, la que desterró á Campanella é hizo quemar vivo á Jordano Bruno en el campo de Flora, en Roma, por la heregia de la nueva ciencia del mundo. Esa razon es la que encarceló al jesuita Fabri, porque en un discurso acerca de la constitucion del mundo dijo que estando demostrado el movimiento de la tierra, debia la Iglesia interpretar desde aquel momento en sen-

tido figurado los pasajes de la Escritura que están en contradicción con él.

» Esa razón es la que tres años después de la muerte de Galileo, animaba al R. P. Le Gazre, rector del seminario de Dijon, cuando trataba de disuadir á Gassendi de su creencia en el movimiento de la tierra y la pluralidad de los mundos por medio de la siguiente carta:

« Has de cuidarte mucho menos de lo que piensas que de lo que pensará la mayor parte de los demás que, dejándose llevar por tu autoridad ó tus razones, se persuadirán de que el globo terrestre se mueve entre los planetas. Desde luego deducirán que si la tierra es indudablemente uno de ellos, *así como ella está habitada, es de creer lo estén los demás, y que tampoco dejarán de estarlo las estrellas fijas cuya naturaleza es más superior*, en las mismas proporciones que los demás astros exceden á la tierra en tamaño y perfección. De esto nacerán dudas sobre el Génesis que dice que la tierra fué hecha antes que los astros, no habiendo sido creados estos sino el cuarto día para iluminar la tierra y medir las estaciones y los años. Por consiguiente, *se pondrán en tela de juicio toda la economía del Verbo encarnado y la verdad evangélica*.

» ¿Qué digo? Lo mismo acontecerá respecto á toda la fé cristiana que supone y enseña que el Dios creador formó los astros, no para servir de habitación á otros hombres ú otras criaturas, sino pura y simplemente para alumbrar y fecundar la tierra con su luz. Ya ves el peligro de que estas cosas se extiendan entre el vulgo, sobre todo por personas cuya autoridad parece darlas mayor fé.

» No sin motivo se ha opuesto siempre la Iglesia á tal error desde el tiempo de Copérnico; cuyo motivo ha determinado también recientemente, no ya á algunos cardenales, como dices, sino al Jefe supremo de la Iglesia, á condenar á Galileo por decreto pontificio y á prohibir santamente (*sanctissime*) que se enseñe en lo venidero de viva voz y por escrito. »

» Si; nuestra filosofía sobre la pluralidad de los mundos que entreveía ya la aurora de Copérnico, parecía inconciliable con el dogma cristiano; «ponia en tela de juicio la economía del Verbo encarnado,» y toda voz que en favor suyo se elevaba era ahogada inmediatamente por medi-

da de precaucion. Pero hacetres siglos, que asentada nuestra doctrina sobre el mármol de la ciencia, se ha consolidado ya, al paso que el tiempo ha carcomido el fallo de la corte de Roma; hoy pueden decir los cristianos lo que no osaba Fontenelle pronunciar: que los habitantes de los planetas son hombres; y no se incurre en heregia por creer en el movimiento de la tierra; en el mismo colegio romano tenemos amigos que observan los continentes de Marte y creen en la pluralidad de los mundos.

» Tiempo llegará en que los espiritus instruidos ó independientes habrán sabido libertarse de las preocupaciones que aun pesan sobre nosotros y con el acento de su inquebrantable conviccion proclamarán la doctrina de la pluralidad de los mundos.

» La dificultad del misterio cristiano se manifestó primeramente de este modo: Si se admite la pluralidad de las tierras habitadas y de humanidades, habrá que admitir tambien ó que esas humanidades permanecieron fieles á la ley de Dios y no necesitan la venida del Redentor, ó que han pecado como la nuestra y por lo tanto han debido ser redimidas. En el primer caso, esas humanidades impecables, puras y libres de la materia se encuentran por la misma razon manumitidas de la ley del trabajo en nombre del dogma, y entonces su desarrollo parece imposible; hasta podria suponerse que son seres sin objeto de perfeccion, sin fuerza de actividad.

» En el segundo caso, si pecaron aquellas humanidades como la nuestra han debido ser rescatadas, y entonces pierde su maravilloso prestigio la grandeza de la redencion, porque se encuentra repetido en millones de millones de tierras semejantes á la nuestra, cayendo en la ley comun; forma parte del órden general; se vulgariza; eclípsase su esplendor sin segundo y con él desaparece el brillo divino que la cubria.»

Mas el autor combate este último argumento con sólidas razones añadiendo:

«No habria razon alguna para señalar la tierra como indigna de la atencion divina á causa de la innumerable multitud de globos que ruedan en el espacio; la presencia universal

é idéntica de Dios abraza la creacion como hace el Océano con una esponja penetrando en ella y llenándola; en todos lugares es la misma y su carácter infinito está inviolablemente enlazado con él. La Providencia que cuida del pobre pajarillo es tan infinita como la de la vía láctea y no es ni ménos solícita, ni ménos sábia ni poderosa; en una palabra; es infinita en su sentido único. »

En cuanto á la objecion de que la doctrina de la pluralidad de los mundos podria comprometer el cristianismo, si nuestros lectores nos han comprendido bien y nos han seguido hasta aquí, verán que no ataca al verdadero cristianismo, sino al cristianismo ignorante y pueril.

Y en efecto; lo mismo interviene Dios con sus mesías precursores, profetas y misioneros, encarnados ó espirituales, en los mundos superiores como en los intermediarios ó inferiores; ya hemos manifestado nuestra opinion sobre el plan divino de la educacion humanitaria, que se reproduce con variedades infinitas y con los cambios necesarios en todos los globos, estando en armonía por todas partes con las necesidades de los tiempos y los adelantos de la humanidad.

La verídica doctrina de la pluralidad de los mundos solo puede perjudicar á los que creen néciamente que la tierra es el mayor de los mundos materiales. Flammarion piensa y dá razones justificativas, como Ballanche y multitud de filósofos, de que nuestro pobre planeta es de los más raquícos y despreciables. En la parte filosófica de su libro demuestra del modo siguiente las importantes consecuencias que resultan de la contemplacion exacta del universo.

«Pongámonos frente á frente de la universalidad de los mundos. ¿Quién podrá asegurar que ellos con las humanidades que contienen no forman una série en su conjunto, una gerarquía unitaria, desde aquellos en donde es muy exígua la suma de condiciones favorables de habitabilidad hasta los en que la naturaleza entera brilla en el apogeo de su gloria y esplendor? ¿Quién podrá decir que la gran humanidad colectiva no está formada por una série continua de humanidades individuales situadas en todos los grados de la escala de la perfeccion?—Esto es lo que se deduce, bajo el punto de vista científico, del espectáculo del mundo; y bajo el de la razon no se puede negar que ese modo de considerar el sistema general del universo es preferible al que se contenta con mirar el mundo como una aglomeracion confusa de globos poblados por séres diversos, sin armonía, sin unidad y sin grandeza.

»Más diremos: los que ven un caos en la obra divina ó en cualquiera de sus partes, están más próximos á negar la inteligencia ordenadora, al paso que los que ven la unidad en las creaciones del cielo, reconociéndola en la creacion terrestre, comprenden la naturaleza, latente manifestacion de la voluntad divina.

»Si el mundo intelectual y el físico forman una absoluta unidad, si el conjunto de las humanidades siderales constituye una série progresiva de séres racionales desde las inteligencias más inferiores, apenas salidas de la materia, hasta las potencias divinas que pueden contemplar á Dios en su gloria y comprender sus obras más sublimes, entonces todo se esplica y armoniza; la humanidad terrestre ocupa su puesto en los grados más ínfimos de esa vasta gerarquía y la unidad del plan divino se manifiesta á nuestra vista clara é indéleble.

»Considerada bajo este aspecto nuestra estancia terrestre, desaparece la oscuridad que la envolvía y que nos ha impedido hasta ahora descubrir su puesto en el seno de la obra divina; la vemos claramente y comprendemos sus funciones; estando léjos del sol de la perfeccion es más lóbrega que otras muchas; es un lugar en donde se desbasta un poco el espíritu para dar un paso hácia el conocimiento; puesto que el trabajo es la ley de la vida en este universo en el que la mision de los séres es la actividad, es

absolutamente preciso nacer en estado de sencillez y de ignorancia; en los mundos poco avanzados se debe comenzar por las obras elementales; es necesario llegar á los mundos más elevados con cierta cantidad de conocimientos; es en fin indispensable que el premio de nuestro trabajo y el fruto de nuestros afanes sea la felicidad á que todos aspiramos. Si hay « muchas estancias en la casa de nuestro Padre, » no por eso son lugares de reposo, sino lugares donde se ejercitan las facultades del alma con toda su actividad y energía; son regiones cuya opulencia aumenta gradualmente y donde se aprende á conocer mejor la naturaleza de las cosas, á comprender mejor el poder de Dios y acatar su gloria y esplendor. »

Esta página sublime en la que se encuentran reunidas la belleza de la expresion y la exactitud del pensamiento, demuestra lo bastante el talento de su autor.

Hé aquí otras ideas del mismo género que en nada desmerecen de las anteriores.

« No podemos ménos de manifestar aquí nuestra satisfacción al ver ahora la magnífica belleza del universo, su magnitud, su objeto y su destino. Se desvanecieron las nubes que le oscurecian, desapareció la ignorancia que ofuscaba nuestra vista, y contemplamos ya la maravillosa obra de la creacion en toda su magestad. Ahora bien; los descubrimientos científicos modernos traen consigo el sello de la verdad que tiene el exclusivo privilegio de llenar las aspiraciones innatas del alma y satisfacer los sentimientos íntimos del corazón. Una vez concebida de este modo la idea de la creacion ya no podemos desecharla, nada puede privarla de nuestra simpatía que conquistada desde luego; conocemos que toca á nuestros destinos supremos, á nuestros más caros intereses, á todas las funciones de nuestro sér, y que es la sagrada ley que nos rige, no con dominio absoluto al que quisiéramos sustraernos, sino con autoridad benéfica que asegura nuestra libertad, nuevo privilegio que solo pertenece á la verdad.

Los atributos inviolables de la Divinidad están bajo la salvaguardia de esta ley así como los intereses de los seres creados, y el mundo, obra divina, se muestra en su esplendente grandeza.

» Nuestra doctrina tiene todos los caracteres de la verdad natural, y además su belleza nos cautiva, nos conmueve y entusiasma. Cuando nos paramos á contemplarla y nos penetramos bien á fondo de las ideas que inspira, sentimos el placer que siempre nos causa la contemplacion de la naturaleza y conocemos por instinto que en ella estriba el elemento de la vida de nuestra alma. ¡ Santa doctrina, que coloca á cada criatura en el rango que la pertenece y á la vez ennoblece todos los seres por medio de la fé ! Esta doctrina inefable que transfigura el universo y dá á nuestro espíritu un sentido nuevo con el que se pone en comunicacion con toda la humanidad, es la expresion más cumplida y grandiosa de las obras divinas. »

Basta lo dicho para comprender la verdad y la belleza. Veamos ahora el resúmen de las consecuencias morales que Flammarion deduce de sus observaciones lógicas é irrefutables :

« Consideramos las tierras que se mecen en el espacio como estaciones del cielo y como las regiones futuras de nuestra inmortalidad. Allí está la mansion de muchas habitaciones y en ella entrevemos el lugar á donde han llegado nuestros padres y conocemos el que algun dia ocuparemos.

» Para ser verdadera una creencia debe estar de acuerdo con los hechos de la naturaleza. El espectáculo del mundo nos enseña que la inmortalidad que nos aguarda mañana es la de hoy y la de ayer, y que la eternidad futura es la eternidad presente; esta es nuestra fé ; nuestro paraíso es lo infinito de los mundos ¹.

» Creemos que el destino moral de los seres está unido íntimamente al orden físico del mundo, pues el sistema físico de este es como la base y armazon del sistema del

1. Esta tésis la desenvolvió el autor en un discurso sobre los destinos de la astronomía, impreso en el *Anuario del Cosmos*. París, 1863.

mundo moral, cuyos dos órdenes de creacion son necesariamente solidarios. Debemos pensar que todos los seres que componen el universo están unidos entre sí por la ley de unidad y solidaridad, tanto material como espiritual, una de las primeras leyes de la naturaleza. Nada en el mundo es extraño á nosotros, así como tampoco somos extraños á las demas criaturas, pues á todos nos reúne el parentesco universal.

» A lo infinito de nuestras aspiraciones añade la astronomía lo infinito del universo, y hoy nos es dado contemplar el cielo donde nuestros destinos nos esperan.

» Los seres desconocidos que habitan todos esos mundos del espacio tienen un destino semejante al nuestro; no nos son extraños, ya los hemos conocido ó los conoceremos algún día; pertenecen á nuestra inmensa familia humana, á nuestra humanidad, por lo que así esta es colectiva.

» ¿Permanecereis inmóviles en un paraíso imaginario, vosotros los defensores de la verdad eterna, apóstoles del sacrificio, tú Sócrates ó tú Platon su discípulo, vosotros Fidias y Praxiteles, escultores de la belleza, vosotros Juan, Pablo y Agustin, discípulos del Evangelio, vosotros Galileo, Kepler, Newton, Descartes, Pascal, apóstoles de la ciencia, vosotros Rafael y Miguel Angel, cuyas concepciones serán siempre nuestros modelos; y vosotros tambien, cantores divinos, Hesiodo, Dante, Milton, Racine, Pergoleso, Mozart, Beethoven?... ¿Habreis cambiado de naturaleza? ¿No sereis ya los hombres que hemos conocido y admirado, y dormireis ahora cual verdaderas momias, sentados eternamente en vuestro último y definitivo puesto? No, pues la inmortalidad seria ilusoria sin la actividad, y en ese caso, preferiríamos la tumba ó *Nirvana* con que soñaron los budistas. *Queremos la vida eterna, no la muerte eterna.*

» Vosotras ¡almas ilustres! conquistásteis la vida eterna, no con los trabajos de una sola existencia sino con los de muchas vidas continuadas; no la adquiristeis como lugar de reposo á donde se vá á dormir despues de la batalla, sino como una tierra prometida de que habeis tomado posesion y donde ahora consumais las obras de vuestra gloriosa existencia. En ella desplegais *las brillantes facultades*, cuyo gérmen únicamente conoció la tierra, y que

necesitarán otros soles más fecundos que el nuestro para nacer y desarrollarse; allí dais libre curso á vuestras sublimes aspiraciones que apenas se adivinaron aquí en donde no habia ningun objeto digno de atraerlas ni fuerza alguna capaz de sostenerlas; proseguís, finalmente, *en la actividad incesante de vuestro espíritu* el objeto que con mayor afán quisisteis alcanzar. Allí es donde estáis, allí, en ese tranquilo cielo que nos rodea, en medio de las inalterables luces de que está sembrado el éter. Desde aquí os contemplamos en esas remotas regiones, y nuestro corazon rebosa de júbilo al comprender que esos mundos silenciosos no nos son extraños como en otro tiempo creimos. Mas dichosos que nosotros, que todavía oscilamos en las olas de la incertidumbre, habeis descornado el velo del universo; tal vez desde allá arriba percibís nuestro exíguo sol y distinguís este átomo que se llama tierra reconociendo en él vuestra antigua morada; tal vez ejercitais las fuerzas del pensamiento y conoceis sus leyes, y verosímilmente llega hasta vosotros la admiracion de los que os veneran.

» Como quiera que sea, y á pesar de la oscuridad que nos envuelve aun, cuando intentemos visitar espiritualmente ese mundo misterioso, á fuer de discípulos fieles de la filosofía natural, debemos esforzarnos por comprender la enseñanza siempre unánime de la naturaleza en toda su sencillez y su grandeza. Las palabras que se completan é iluminan recíprocamente, son: pluralidad de los mundos y pluralidad de las existencias. »

Esta es en resúmen la doctrina que M. Camilo Flammarion expone en su notable obra *en la que resuelve irrevocablemente la cuestion de la pluralidad de los mundos*.

A lo que acabamos de transcribir añadiremos el complemento que exigen los trabajos más recientes de la astronomía.

No se limitó Flammarion á su obra doctrinal; dió á conocer la prueba científica de la pluralidad de los mundos, pero faltaba la prueba histórica, la que

presentó completa é irrefragable en su libro titulado *los Mundos imaginarios y los Mundos reales*. En ella manifiesta que desde la más remota antigüedad hasta nuestros días defendieron y sustentaron la idea de la habitabilidad de los planetas multitud de escritores entre los que no ha dejado de citar aquellos que hicieron descripciones ficticias y completamente imaginarias; pues para que se muestre alguna idea en la ficción es preciso que haya en ella cierta parte de verosimilitud, y aunque los detalles sean fantásticos, la realidad está en el fondo. Hablando Flammarion de su libro dice en el prólogo: «Vá á desarrollarse la historia completa de la idea de la pluralidad de los mundos, desde los tiempos primitivos en que hallándose en su cuna la humanidad, contemplaba bajo el sol de Oriente las formas místicas del naturalismo á través de las vicisitudes de los tiempos, el apogeo ó decadencia de las naciones, los progresos ó atrasos de las ciencias, descendiendo hasta las edades en las que penosamente creció nuestra civilización.... llegando en fin á los días en que la ciencia recibió el cetro del mundo de manos del génio.»

Después de llevar á cabo su pesada tarea nuestro filósofo, demostrando raro talento como analista y erudito, concluye de este modo:

«¡Por cuántos caminos pasa la idea antes de llegar al día señalado para su ilustración y advenimiento incontables en el pensamiento humano! ¡Cuántos obstáculos debe superar! ¡Cuántos reveses debe sufrir! La genealogía filosófica de nuestra doctrina remonta infinitamente más lejos de lo que se puede suponer, pues su origen proviene

del naturalismo de las primeras inteligencias humanas. Eliminando los términos imaginarios y las formas anecdóticas, de edad en edad se ha seguido su marcha progresiva. Parece que hasta su primitiva sencillez fué condicion esencial de su existencia, para que pasando de este modo desapercibida, pudiera deslizarse hasta llegar al día en que pudiera mostrarse sin temor. La verdad, por oculta que esté, llega al fin al día de su triunfo, cualesquiera que sean las trabas y velos con que la ignorancia, superstición y la necesidad humana quieran detener su marcha y encubrirla. Es muy útil conocer la historia de las ideas verdaderas, pues contribuye á consolidarlas definitivamente, siendo además su justo complemento al par que curiosa ilustración. »

Si nos hemos extendido tanto respecto á las obras filosóficas de Flammarion es porque lo que ha hecho este astrónomo en favor de la *Pluralidad de los mundos*, nosotros lo hemos emprendido por la *Pluralidad de las existencias*.

CAPITULO X.

EMILIO BARRAULT. — SAINT-SIMON.
ENFANTIN. — L. JOURDAN.

Al publicar nuestra primera edicion, Emilio Barrault dió á luz una obra titulada *Jesucristo*, que es una série de diálogos que corroboran demasiado nuestra filosofía y nuestra doctrina, por lo que no podemos pasarlos en silencio.

Emilio Barrault fué discípulo de Saint-Simon. Sabido es que una de las ideas predilectas que propagó su doctrina es la de la perfectibilidad indefinida del género humano. Saint-Simon fué amigo de Condorcet, cuya obra intitulada *Cuadro de los progresos de la humanidad*, mereció su entera aprobacion. El libro que los sansimonianos tradujeron y comentaron con mayor placer es la *Educacion del género humano*, escrito por Lessing, opúsculo en que el filósofo alemán representa á Dios educando é instruyendo la humanidad por medio de revelaciones progresivas.

La doctrina sansimoniana admite asimismo la pluralidad de los mundos y la solidaridad universal.

Hé aquí un pasaje acerca de la pluralidad de las existencias, tomado de uno de sus tratados :

« ¿ Sostendrá la Iglesia venidera que el hombre descansa eternamente despues de la muerte ? No, y mil veces no ; la vida es una obra alegre, la infancia es un agradable despertar, la vejez un adormecimiento delicioso y la muerte el preludio de *otra vida nueva, de un nuevo progreso*. Aquí no tiene cabida ya el juicio final ni el corto número de escogidos, porque todos somos *hijos de Dios* y tarde ó temprano el hijo pródigo volverá al hogar paterno. »

Hemos extraído estas líneas textualmente de la *Religion Sansimoniana* (Moral, pág. 99), en la que desde el año 1833 se encuentran todos los principales dogmas de nuestra filosofía sobre el destino ; pero las citaciones que trasladamos á continuacion, tomadas del libro de Emilio Barrault, publicado recientemente, confirman del modo más completo todos los puntos de nuestra cara doctrina.

Antes de pasar al resúmen analítico de lo que dice el autor acerca de los mundos habitados, diremos algunas palabras sobre esta importante cuestion en lo concerniente á la verdad púber y á la instruccion del espíritu.

Ya hemos demostrado en el curso de esta obra que se habia enseñado esplicita ó implícitamente esta verdad como preliminar indispensable á las condiciones de la vida futura, es decir, á la pluralidad de las pruebas en las diversas existencias, pues hallamos marcadas sus huellas en los misterios de los gentiles, en el Zohar de los hebreos, y entre los cristianos por ciertas palabras de Jesucristo que Orígenes recogió y comentó. Aun despues de haber

leído el notable y completo tratado, de Flammarion, creemos que verá el lector con interés algunos pasajes magníficos y verdaderamente espléndidos que Emilio Barrault dedica al desarrollo de las mismas ideas antes de llegar á las cuestiones de la preexistencia y de las encarnaciones, cuyos pasajes vienen á apoyar sólidamente nuestras doctrinas.

Veamos cómo se expresa:

«¿Qué papel hacen representar á Dios los que pretenden que por largo tiempo permaneció aislado en medio de infinitos vacíos y solo salió de su inacción para crear la tierra, como muestra de su omnipotencia, haciendo de ella el centro del universo.

» ¡ Nuestra tierra, cuyo diámetro no pasa de tres mil leguas, y á la que nuestro pensamiento da la vuelta en un abrir y cerrar de ojos por medio del hilo eléctrico; nuestra tierra, que todos los antiguos conquistadores quisieron tener en su mano como juguete de su poderío y que no hasta á la ambición del último de nuestros monjes; esta tierra, repetimos, fué objeto de las meditaciones de Dios hasta hace unos seis mil años próximamente, de suerte que hemos tenido á Dios contemplando durante una eternidad un grano de arena!... ¡ Y como si esto no fuera bastante, desde el día en que el hombre tomó posesión de su domicilio, Dios descansa, duerme, háse agotado su fecundidad, esparando que la tierra y la bóveda estrellada vuelvan á hundirse en la nada para que Dios y el hombre se encuentren frente á frente!

» ¡ Cuan grande es nuestra ceguedad! con egoísta interés lo hemos referido todo á nosotros y nos juzgábamos ser los únicos habitantes del universo infinito.

» Mas llega un día en que la arquitectura de los cielos se muestra á nuestros ojos con dimensiones que jamás habíamos sospechado ¹ y con tal esplendor que nos deslumbra; en donde creíamos ver solo haces de estrellas descubrimos globos mucho más vastos que la tierra; allí donde

1. Véase la *Pluralidad de los mundos habitados* por C. Flammarion.

nos contentábamos con admirar una polvareda brillante, vimos un largo rastro de soles mucho más poderosos que el nuestro; donde suponíamos la inmovilidad hallamos un intrincado laberinto de sistemas que impelidos por el hábito divino ruedan por el espacio; donde nos complacíamos en ver una claridad blanquecina en el azul del cielo, descubrimos los gérmenes de nuevos mundos, el principio de innumerables nebulosas, y la vida en todo y por todo ¡oh Dios mío! Mas al humillar nuestras frentes ante semejantes magnificencias sin atrevernos á seguir las con nuestras miradas despavoridas, sentimos agitarse en nuestro pensamiento y morir en nuestros labios yo no sé qué himnos sin palabras. ¿Qué otra cosa podíamos hacer entonces sino caer de hinojos exclamando: ¡Señor, Señor! no os hemos conocido?

» Ya es tiempo de que tributemos viril homenaje al Señor, al Criador, al Padre celestial. Ni quiero ni puedo consentir que se haga entrar á Dios en una cronología limitada, en una geometría concreta, porque entonces es un dios hecho á mi imagen, es un ídolo, no es Dios; vosotros los que me le ocultais y me le robais, devolvedme el verdadero Dios. Haced pasar ante mi pensamiento millones de mundos, de estrellas, planetas y satélites por los campos del espacio sin límites; amontonad millares de años sobre millares de siglos en el abismo sin fondo del tiempo; lo infinito del tiempo y del espacio son los signos sensibles del infinito divino, y solo hoy puedo respirar á mi gusto sin que me asuste la pequeñez de la tierra que parece perderse en el cielo cual átomo imperceptible; conozco mejor la bondad de Dios que se digna amarnos y mi alma ha sido hecha para comprenderle é imitarle. ¡Ese es mi Dios, el Dios de la ciencia, el Dios de los cristianos, sí, el Dios de los mismos cristianos! La larga familiaridad del espíritu humano con las abstracciones divinas le disponen á buscar las leyes generales en el estudio de los fenómenos, así como la contemplación habitual de lo infinito le convida á proseguir su perspectiva en todas las direcciones del universo. ¡Ah! no sentimos haber tenido nuestras miradas fijas por tanto tiempo en la bóveda celeste como si fuesen las fronteras de nuestra patria; más allá de esa bóveda que hemos quebrantado está el Dios que buscábamos en esa es-

fera de millares de esferas, en el cielo en donde vive todo lo que se mueve, todo lo que respira.

» Sí, ese es el Dios que buscábamos y ese es el hombre; en nuestro excesivo orgullo creímos que el habitante de la tierra era la criatura única del Señor, le creímos digno solo de una mansion de dolores, y esto era exceso de humildad; el hombre es innumerable y habita los cielos. Nos llamábamos el pueblo de Dios, y los gentiles habitan en masa los astros que nos rodean. Así como en el siglo décimo quinto quedamos mudos de asombro al saber que en otro continente había otras razas de hombres, hoy miramos á través del Océano etéreo que nos circunda y adivinamos con transporte que hay allí otros pueblos ¿qué digo? otras familias del género humano que lleva el espacio para que Dios sea por todas partes conocido, servido y glorificado. Si la ciencia extiende nuestros horizontes es para que podamos descubrir hermanos donde ella descubre mundos.

» ¡Mas ay! ¡Cuántas luchas y controversias habrá antes que lleguen á unirse en fraternal alianza la ciencia y la religion! Nuestros sábios nos muestran el templo, pero desconocen á Dios; nuestros teólogos aman á Dios, pero se obstinan en medir el templo con sus versículos, tal es el miedo que tienen de que adoremos el templo y cesemos de adorar á Dios. Mas no me inquieta esa terrible prueba. Si la religion es el lazo de todos los amores, ¿temeremos hacerla pasar por la ciencia, es decir, por el conocimiento de las leyes de Dios en el universo y en el hombre? ¿O vendrá á ser atea la religion al paso que la ciencia pronunciará por fin el nombre de Dios que ahora deletrea con dificultad? ¡Oh, no! Se cumplirá la alianza, esa inmensa obra tal vez destinada á una *legion de espíritus superiores que tal vez no han nacido aun aquí abajo*; ó á verdaderos concilios ecuménicos en donde habrá representantes de todos los sacerdocios y de todas las academias para rehacer el Génesis y rehacer despues el catecismo. »

Admiremos y aprobemos.

Con demostrar la pluralidad de los mundos habitados no está dicho todo; hay que ir más léjos y

admitir, no solamente la solidaridad de todas las mansiones del cielo, sino su recíproca penetración y la ascensión progresiva de las almas en esas diversas estancias, más ó ménos envidiables ó perfectas, según se aproximan ó alejan de Dios, íman universal de la creación espiritual, centro á que se dirigen todos los seres dotados de amor, inteligencia y voluntad. Emilio Barrault vá más allá en su libro; concibe el enlace recíproco y la penetrabilidad de las esferas del universo. Oigamos sus sublimes palabras:

« Osemos dirigir nuestras miradas fuera de la tierra: los habitantes de nuestro planeta forman parte de un cuerpo al que llamaremos humanidad solar. Todas esas poblaciones, cualesquiera que sean sus diversas organizaciones, componen en el fondo un solo pueblo que es el género humano, el cual comprende todos los grados de inteligencia, actividad y amor, desde el rango que confina con el bruto hasta el que posee naturaleza angelical¹. Es indudable que hay mundos superiores al nuestro así como hay otros inferiores. ¿Se han formado entre nosotros tan altas virtudes y se han desarrollado facultades tan altas que se hayan hecho dignas de ascender á otros astros privilegiados? ¿Ha habido entre nosotros escenas tan criminales que hayan merecido bajar á un lugar de pruebas más formidable? ¿Sería eso la transformación del cielo y del infierno de los cristianos? Y por otra parte, ¿no podríamos suponer que hayan visitado nuestra tierra almas pertenecientes á otros mundos mejores que quisieron desempeñar entre nosotros un apostolado de luz y bondad que tal vez se les pagó con ingratitud? Asunto es este que por su novedad se presta á muchas conjeturas; nos contentaremos con afirmar en nombre de Dios vivo, que las naciones del universo no están destinadas á permanecer extrañas unas á otras; tal vez llegue el día en que puedan comunicar libremente entre sí.

1. Véase nuestra última obra, los *Bardos Aruáticos*.

Pero los pueblos del grupo solar se hallan todavía en condiciones de afinidad especial que circunscriben sus excursiones á la órbita del sistema. Miremos los planetas, hermanos de la tierra, como sus habitantes miran nuestro mundo; ¿acaso no son las diversas estaciones de todas las almas de la tierra que no se elevan excepcionalmente?

La transmigración de las almas á una esfera proporcionada á sus méritos, su ascensión progresiva, tal es la verdad moral que debe aliarse á la verdad material de la pluralidad de los mundos, por cuyo motivo hemos tocado este asunto después de la interesante obra de M. Camilo Flammarion en la que se encargó de demostrar científica y filosóficamente la primera parte de las doctrinas de nuestra época, y debemos confesar que ha llevado á cabo su tarea magistralmente; en cuanto á nosotros hemos hecho todo lo posible en la segunda parte de que nos encargamos, pero no hemos podido resumir con el incomparable talento de M. Emilio Barrault las brillantes razones que militan en favor de la preexistencia y de las reencarnaciones, por lo que con la mayor satisfacción trasladamos á continuación los siguientes fragmentos:

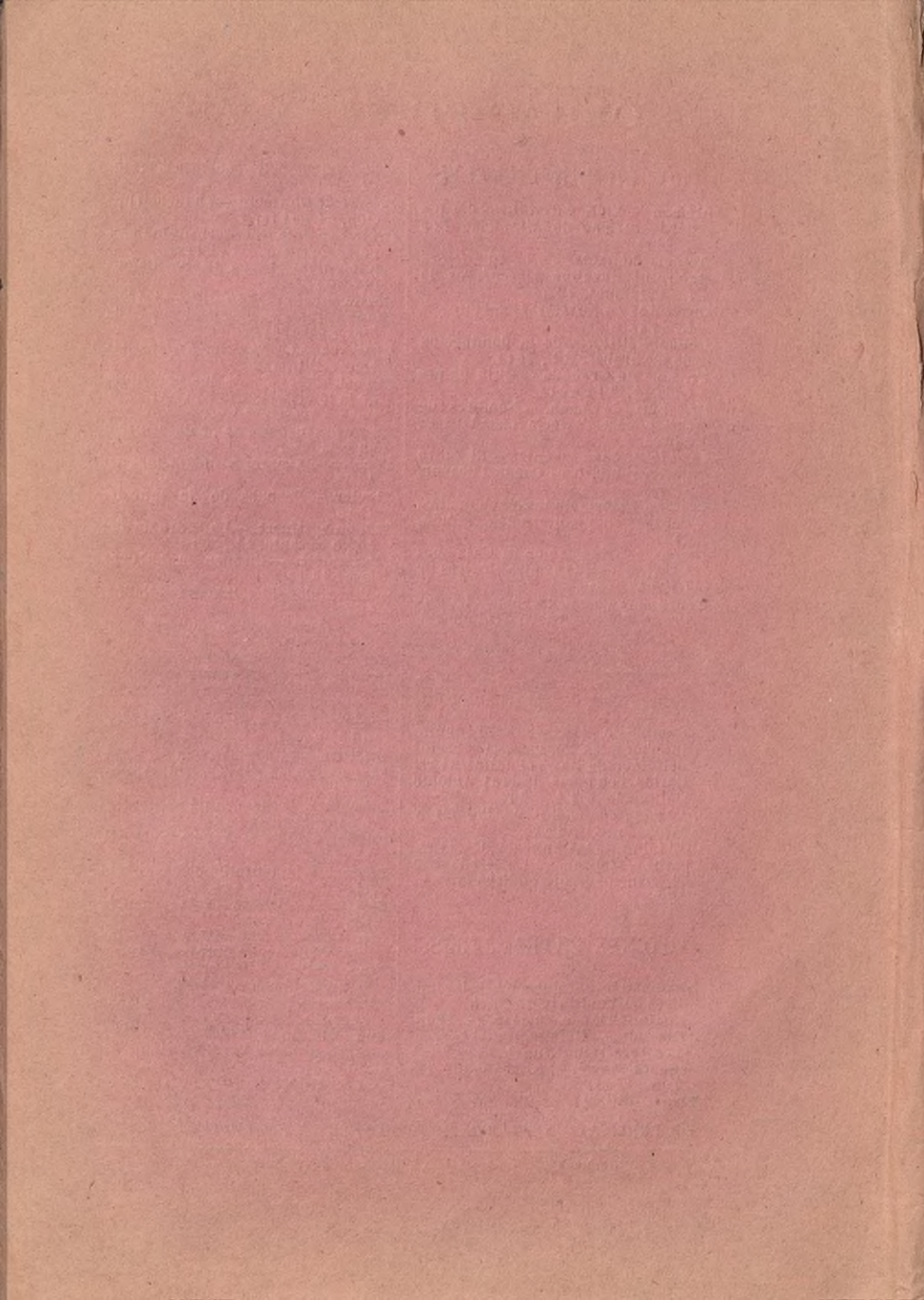
« Si es nuestro destino realizar en el tipo humano nuestra perfección, una vida es bien poca cosa; para ello se necesitan algunas más con diversidad de condiciones de tal suerte que las aptitudes todavía persistentes puedan ser excitadas á aparecer; al paso que las que produjeron algún brillo permanezcan en reposo como economías que no se pueden perder; es preciso que se abra el camino á la virtud sin otra salida hasta que se equilibre convenientemente la organización.

» ¡ Cuántos mueren cargados de años diciendo: No hemos hecho lo que nos propusimos, nos habíamos trazado

una vía y fuimos separados de ella; no somos lo que quisimos ser; no hemos realizado el ideal que nos propusimos en nuestra juventud y la muerte nos sorprende impidiéndonoslo; no hemos vivido lo bastante! Pues en efecto, aun entre los mejores, el ejercicio excesivo de unas facultades disminuye el valor de las otras; hay virtudes extremas que encierran vicios, superabundancias que denotan faltas y relieves que demuestran vacíos. Nadie puede completarse sin haber pasado por todas las situaciones; ninguno puede conocerse bien si no se ha puesto á prueba bajo todos conceptos. ¿Habría sabido ser rico el que supo ser pobre? ó al contrario, ¿habría sabido ser pobre el que supo ser rico? El que soportó con dignidad la humildad ¿habría podido librarse de la embriaguez del mando? El que dominó sus pasiones en el claustro ¿las habría dominado igualmente en medio de los alicientes del mundo? ¿Fueron verdaderamente hombres los santos que jamás conocieron el amor casto de una mujer ni su vivificadora influencia? ¿No les falta nada á los metafísicos que nunca adoraron á Dios, á los físicos que se burlan de los problemas de la metafísica, á los sábios é industriales que profesan un desprecio recíproco á la industria y á la ciencia, salvo despreciar en comun la poesía?

» Mas salgamos de las excepciones: ¿creéis que las generaciones que se han sucedido en la miseria, en la ignorancia y en todos los vicios que produce la indigencia de espíritu y de cuerpo hayan dado la medida de lo que pueden ser? ¿y qué no tendríamos nada que decir respecto á la gran masa de pueblos extraños á la familia cristiana? ¿qué no podríamos decir nada de los que mueren en sus primeros años, entre el nacimiento y la pubertad, de esa innumerable multitud de niños y adolescentes que se puede evaluar en la tercera parte de la especie humana, y cuya mayor parte, privada del bautismo, está destinada á la felicidad negativa del limbo, cuarto lugar que inventó la Iglesia para dar asilo á tantos muertos inocentes? ¿ó es que Dios habrá creado la tercera parte del género humano para petrificarla en su infancia? ¿les habrá dado Dios el sér para reducirlos al estado de abortos por toda la eternidad?

» En cada siglo hay centenares de millones de individuos que solo son bosquejos informes de la humanidad



OBRAS PUBLICADAS

AUTORES NACIONALES.

- Aleman. — Vida y aventuras del pícaro Guzman de Alfarache. Dos t. 28 rs.
 Amadís de Gaula. — 4 t., 56 rs.
 Bofarull. — Hazañes y recuerdos de los Catalanes. 12 rs.
 Cervantes. — Novelas ejemplares. 2 t., 24 rs.
 donde. — Historia de la dominacion de los arabes. 3 t., 42 rs.
 Fr. Luis de Granada. — Guia de pecadores. 2 t., 28 rs.
 Fr. Luis de Leon. — Nombres de Cristo. — La Perfecta Casada. 2 t., 28 rs.
 Infante D. Juan Manuel. — El Libro de Patronio, ó el Conde Lucanor. 12 rs.
 Melo. — Historia de los Movimientos, Separacion y Guerra de Cataluña. 14 rs.
 Moncada. — Expedicion de Catalanes y Aragoneses, contra Turcos y Griegos. 12 rs.
 Padre Scio de San Miguel. — La Sagrada Biblia. — Nuevo Testamento. 4 t., 56 rs.
 Saavedra Fajardo. — Empresas politicas. 2 t., 28 rs.
 Santa Teresa de Jesús. — Vida de la Santa, escrita por ella misma. 14 rs.
 — Camino de Perfeccion. — El Castillo interior ó las Moradas. — Conceptos del amor de Dios. — Poesias. 14 rs.
 — Cartas, con notas de Fray Antonio de San José. 3 t., 42 rs.
 — Cartas, con notas de Palafox y Mendoza. 3 t., 42 rs.
 — El Libro de las Fundaciones. 14 rs.
 Trueba y Gósio. — El Castellano ó el Principe Negro en España. 2 t., 28 rs.

AUTORES EXTRANJEROS.

- Aimé-Martin. — Educacion de las madres de familia. 2 t., 28 rs.
 Ariosto. — Orlando Furioso. 3 t., 42 rs.
 Arlincourt. — El Peregrino. 14 rs.
 — Los Tres reinos, un t. 14 rs.
 Beecher Stowe. — La Cabaña del Tío Tom. 12 rs.
 Blanc. — Historia de Diez años, ó sea

- de la Revolucion de 1830 á 1840. 7 t., 98 rs.
 Briere de Boismont. — La menstruacion. 2 t., 14 rs.
 Cretineau-Joly. — Historia de la Compañia de Jesús. 7 t., 98 rs.
 Dante Alighieri. — La Divina Comedia. 16 rs.
 Defauconpret. — Masaniello. 14 rs.
 Devay. — Historia del Hombre y de la Mujer casados. 10 rs.
 Descuret. — La Medicina de las pasiones. 2 t., 16 rs.
 Duguet. — Tratado de los principios de la fé cristiana. 3 t., 42 rs.
 Dumas. — Teatro. 1.^a série. 14 rs.
 Du-Puy. — Instruccion de un padre á su hija. 12 rs.
 Fénelon. — Aventuras de Télémaque. 12 rs.
 Figuer. — Despues de la muerte. 14 rs.
 Filipon y Huart. — La Parodia del Judio Errante. 2 t., 30 rs.
 Flammarion. — Dios en la naturaleza. 16 rs.
 — Pluralidad de mundos habitados. 46 rs.
 Gioja. — La Ciencia de querer y de ser querido. 14 rs.
 Goethe. — Fausto, poema. 12 rs.
 Grossi. — Marcos Visconti. 14 rs.
 Guizot. — Historia de la Civilizacion en Europa. 14 rs.
 Harrison. — La Torre de Londres. 2 t., 28 rs.
 Hildreth. — El Esclavo blanco. 12 rs.
 Jorge-Sand. — Lelia-Espirdion. 2 t., 28 rs.
 Leynadier. — Historia de la Revolucion de Francia en 1848. 12 rs.
 Mignet. — Antonio Perez y Felipe II. 12 rs.
 Pezzani. — La pluralidad de existencias del alma. 16 rs.
 Saintine. — Historia de la hermosa Cordelera. 12 rs.
 San Alfonsi Maria de Ligorio. — Lexicon Theologiae Moralis. 14 rs.
 Silvio Pellico. — Mis prisiones y Deberes del hombre. 14 rs.
 Stolberg. — Historia de Ntro. Sr. Jesucristo. 2 t., 28 rs.
 Sue. — Martin el Exposito. 5 t., 66 rs.
 — El Castillo del Diablo. 14 rs.
 — El Judio Errante. 7 t., 98 rs.
 — Los Misterios de Paris. 5 t., 70 rs.
 — Arturo. 2 t., 28 rs.

EN PUBLICACION. — Obras de Flammarion, Figuer y Pezzani.